

# LA ESCUELA Y LA VIDA

---

C R Ó N I C A S

Aura López



Primera edición  
5.000 ejemplares  
Medellín, enero del 2006

Edita:  
FUNDACIÓN CONFIAR  
Calle 52 N° 49-40 Piso 3  
Tel: 571 84 84 Ext. 145 Medellín  
[cfundacion@confiar.com.co](mailto:cfundacion@confiar.com.co)  
[www.confiar.com.co](http://www.confiar.com.co)

ISBN: 958-33-8717-7

Diseño e Impresión:  
Pregón Ltda., Medellín

Este libro no tiene valor comercial  
y es de distribución gratuita

## Índice

Presentación	
Las cartillas del Ministerio .....	9
La fiesta de los libros.....	13
Historias de niños .....	17
Educación: femenino-masculino .....	21
Los niños acusan.....	25
Por una escuela abierta .....	29
Allá arriba, los libros .....	33
El conocimiento cerebral .....	37
De la educación.....	41
La escuela mixta.....	45
Notas de una maestra.....	51
La potrera .....	59
Niños y monstruos.....	63

Los niños pobres .....	67
La escuela y la vida .....	71
La escuela pobre .....	75
Alejandro, un niño insoportable .....	79
El mundial en La Alfonso López .....	85
Los niños de “Vueltecitas” .....	89
Escuela libre .....	93
El recreo .....	97
Marianeli .....	101
Los niños primero .....	105
En la biblioteca .....	109
Álex .....	113
José Dolores .....	117
La escuela del barrio .....	123
La escuela de medialuna .....	127
Oliva .....	131
Estiven tiene miedo .....	135

*La letra no se puede quedar  
cautiva en el libro, necesita también ser  
sembrada en la vida, en la mente y en el  
corazón de los hombres,  
en corporal vibración y entendimiento.*

Gonzalo Arango



## **Presentación**

Con el poder del corazón, sin fiebres ni proclamas, con calma pero con fuerza, Aura López, escribe estas crónicas, reunidas en una selección que hemos titulado “La Escuela y la vida”. Una serie de pasajes, casi fotográficos, que dan cuenta de las tristezas y alegrías, de las dolorosas experiencias y por fortuna en otras, dulces vivencias, de niños y niñas, que aún viviendo en una Ciudad que pregona su progreso, los margina de las más mínimas posibilidades de dignidad y desarrollo.

Historias sin fecha, pero dolorosamente vigentes y precisamente por ello más cuestionables. Testimonio de soledades, de abandonos, de una sordera generalizada, una suma de incoherencias y de absurdos, un cúmulo de impotencias que angustian y que desdican del deber ser de la educación, como alternativa de crecimiento personal y colectivo, como

fundamento para el avance social y cultural de una sociedad.

Crónicas que generan desazón, que provocan rabia por ser ciertas, que comprometen por su cercanía, porque hablan de nuestros niños, de las calles y los barrios que habitan, rostros conocidos, pero que acaso hemos mirado, maestros que aceptamos con resignación y un sistema educativo que con demasiada frecuencia, renuncia a su ideal de formar seres humanos sensibles, conscientes de su realidad y capaces de transformarla.

La Escuela es el tema y los niños sus protagonistas, pero cualquier otro podría ser el escenario y los actores, porque es la vida la que se relata en cada crónica.

De lo que se trata, en últimas es de impulsar una revolución, porque: “Si alguna revolución requiere la educación, –afirma William Ospina– pienso que es la revolución de la alegría que les confiera a los procesos educativos su radical condición de aventura apasionada, de expedición excitante, de juego y de fiesta.”



## **Las cartillas del Ministerio**

Elena dicta clases a 200 alumnos distribuidos en cuatro grupos, en un Liceo que alberga a 900 muchachos y muchachas, que viven en uno de los más populosos barrios de la ciudad, hijos de obreros, de venteros ambulantes, de trabajadores ocasionales, de modistas y sirvientas, muchas de cuyas familias viven de un salario mínimo, siendo excepcionales los casos en que sus ingresos superan de algún modo esa cifra. De 52 fichas de alumnos revisadas recientemente por Elena y sus compañeros, resultó que 20 padres de familia estaban desempleados.

Elena no conoce a sus alumnos por sus nombres, y difícilmente puede entablar con algunos de ellos una relación personal, por fuera de las exigencias mínimas de las materias que dicta, no sólo por la cantidad de alumnos, sino por la desconfianza originada en ellos mismos en virtud de vidas familia-

res marcadas por el hacinamiento, el hambre, la violencia, la ausencia de servicios esenciales y las carencias de toda índole. La diferencia abismal entre las cosas que ella debe enseñar y la realidad económica y social de sus alumnos, golpea la mente de Elena y convierte su oficio en una tarea abrumadora, en sentimiento de impotencia y frustración.

Dentro del programa de ciencias naturales, por ejemplo, y mediante vistosas carteleras, los alumnos aprenden el valor de los alimentos y la necesidad de ingerir pescado, carne, queso, mantequilla, verduras, etc., y se les habla de lo que constituye una dieta correctamente balanceada. Pero ocurre que ellos no han visto jamás esos alimentos en el plato de sus comidas, y les resultan posibles sólo como forma o imagen retratada en el material de enseñanza del Liceo, o como simple idea abstracta, lo cual, en el caso de la alimentación, se convierte para el alumno pobre en una contradicción dramática. Elena, consciente de que la solución no es quemar todas las láminas donde aparezca un pan o un pescado, comenta la necesidad de que nadie, dentro de la sociedad, tenga que verse privado de estos elementos por razones económicas, pero tal planteamiento parece salirse de nuestros programas educativos y se dice de él que propicia la inconformidad.

Una tarde, siguiendo su libreto, Elena debe hablar a sus alumnos de la familia: Papá es un hombre bueno y responsable, que trabaja todo el día y que vuelve cansado al hogar, donde lo espera mamá, dulce y serena, y le sirve la comida, se reúnen con los hijos, y luego cada uno se acuesta a dormir plácidamente. La guía del programa habla de sala, salón, dormitorio unipersonal, dos baños, comedor, cocina y patio. Los alumnos escuchan ausentes. Uno de ellos, ofuscado, dice que todo eso es mentira, que su padre le pega a su mamá, que ahora mismo anda sin trabajo, que él hace más de un año que no se habla con el hermano mayor y que la familia vive en dos piezas estrechas, donde no hay agua sino un rato por la mañana, como en todo el barrio. Los demás compañeros agregan cada uno sus propios datos, la clase se vuelve tensa y difícil, Elena se siente avergonzada, y el retrato de familia con papá y mamá elaborado por el Ministerio, parece romperse en añicos ahí mismo, en un rincón del salón de clase.

El rendimiento académico, es bajísimo. De un grupo de 52 alumnos, sólo tres ganaron el semestre pasado, y las voces cuerdas del Liceo hablan de que los estudiantes no quieren estudiar. Obsesionados por las notas, muchos maestros no ven el trasfondo social de ese rendimiento y parecen ignorar que la mayoría de

las muchachas llegan fatigadas a clase pues han debido trabajar antes en los oficios domésticos y en la atención a los hermanos menores, mientras sus madres se alquilan como sirvientas o costureras; que más de la mitad de los alumnos sólo hacen una comida diaria, de baja calidad; que casi nadie tiene con qué comprar textos de estudio, lo cual ha obligado a los maestros a elaborar resúmenes de las materias y dictarlos en clase; que la violencia y la agresividad entre los alumnos es apenas prolongación de la violencia que padecen en hogares inestables, víctimas del hacinamiento y la incomodidad, carentes de las cosas más elementales.

El 20 de julio, en un acto cívico que el Liceo celebró para exaltar el concepto de Patria, Elena miró uno a uno los rostros sin nombre de sus alumnos, habitantes de la otra ciudad, ciudadanos del otro país, y se preguntó, angustiada, de cuál Patria habría de hablarles, y resolvió que sólo podrían hablar de una Patria Posible, porque ensayar bellas palabras sobre la de ellos, la de ahora, resultaría tan falso y tan lejano como la casa con patio y el almuerzo con pescado de las cartillas del Ministerio.

## **La fiesta de los libros**

Los niños y niñas del quinto de primaria del Colegio Carlos Alberto Calderón, de la vereda El Llano, en San Cristóbal, madrugaron más que otros días, excitados y felices terminando los preparativos para recibir a su grupo amigo del colegio Paulo VI del barrio Popular. Esta visita, que se da también entre otros grupos de 34 instituciones educativas de la ciudad, es parte del Juego Literario, evento anual programado por el Servicio móvil de promoción de la lectura, que depende del Departamento de bibliotecas y casas de la cultura de La Secretaría de Educación municipal. Concebido desde la lectura, el evento reivindica y subraya el carácter lúdico del libro, que permite a niños y jóvenes su aproximación por fuera de mecanismos convencionales.

Sin conocerse todavía personalmente, los alumnos y alumnas de dos instituciones denominadas “hermanas” dentro del juego, se

han escrito cartas, se han llamado por teléfono y han hecho mutuos comentarios acerca de los libros leídos desde el comienzo del certamen, que este año escogió a la escritora brasileña Ana María Machado, autora de varios cuentos y pequeñas novelas para niños y adolescentes. El ejercicio epistolar, previo a los encuentros personales, crea ese clima de expectativa y de emoción que se advertía en el colegio de El Llano, y que es apenas un ejemplo de lo que sucede en cada uno de los grupos participantes. De prisa, un pequeño grupo de niños y niñas, ensayan por última vez la dramatización del cuento “Ah pajarita, si yo pudiera...”, Jorge, quien hizo de rey, consiguió una sotana blanca con el sacerdote que oficia en la capilla contigua al colegio, y una corona de cartón forrada en papel plateado, que encontró por ahí en algún rincón. Willinton, el capataz, hizo él mismo un ingenioso traje de papel periódico y un enorme sombrero de cartulina; Marlon, el barón, se las arregló con unas medias veladas, una pantaloneta brillante, enresortada, y una boina roja; y Jenny, la pajarita, lo parecía de verdad bajo sus alitas de tela.

Alguien anunció a los gritos que habían llegado los visitantes, y niños y niñas saltaron el muro del patio, las escalas, el quicio, y llegaron en el momento en que sus invitados

se bajaban del bus. Un poco tímidos en el primer momento, mezclados después, hubo saludos, abrazos, identificaciones, y una alegre reunión en el salón de actos, con danzas, poerristas, palabras de bienvenida. Se hicieron pequeños regalos de tarjetas, señaladores, mensajes de paz, y flores cultivadas en las hermosas parcelas en cuyas casas viven los niños anfitriones.

Esta es apenas una de las cosas que suceden durante los tres meses que dura el Juego Literario, en las distintas escuelas y colegios escogidos. La esencia del evento lo constituye la lectura de los libros del autor seleccionado, esta vez más de diez títulos que han suscitado charlas, comentarios, variadas actividades a partir de los distintos temas, como viajes imaginarios alrededor del mundo en el globo de la Abuelita aventurera, o fabricación de monstruos, animales diversos, unicornios, en los más sencillos materiales, o coloridos dibujos, trovas, adivinanzas, máscaras, disfraces, todo inspirado en las historias leídas. La lectura está en el centro de la fiesta, y es de su encanto y de su magia de donde surge y se propaga toda la inagotable imaginación de los lectores. Nada es impuesto o exigido, y aunque profesores y profesoras acompañados de los promotores del Servido móvil se encargan de echar a andar el mecanismo del jue-

go, desde el momento en que éste llega a las manos de los estudiantes, cobra una dinámica de tanta riqueza, que se desborda más allá de lo esperado.

Todo cabe en el Juego Literario: la historia, la geografía, los viajes, la naturaleza, la música, el teatro, siendo los mismos lectores quienes encuentran, desde los libros, afinidades diversas. A partir de todo esto, uno piensa si tal vez la escuela, como estamento, no debería sacudirse de cierto aire a veces demasiado formal, y cuestionar algunos síntomas de inmovilidad, de rigor y severidad que pueden ser paralizantes. Un deseo de que algo del espíritu del juego literario se quedará a vivir en las aulas, para siempre.



## **Historias de niños**

Sentados en el piso, en el pequeño salón de la escuela, excitados y bulliciosos, niños y niñas se acomodan después de empujarse unos a otros y de disputar lo que cada quien considera que es el mejor sitio, casi siempre el que otro ha escogido antes, aunque no tenga nada de privilegiado. Lo cierto es que todos quieren acercarse lo más posible y mirar las ilustraciones del libro, algo que les atrae de un modo obsesivo y que implica mostrarlas una por una antes de la lectura para comenzarla sólo cuando todos hayan calmado su curiosidad. Bajo el influjo de las primeras palabras de relato, se produce una especie de arrobamiento, una entrega íntima, desatada por la música de las palabras y que logra crear ese instante mágico, como de desprendimiento de la realidad, que les permite viajar desde lo imaginario hacia quién sabe qué regiones ignoradas, envueltas en atmósferas que no pueden ser

traducidas o explicadas porque forman parte de ese secreto lugar de la sangre en el que la infancia deposita, a veces, su cuota de eternidad: “Las grandes ventanas de ámbar del palacio de la sirenita estaban abiertas y los peces entraban nadando, igual que en nuestras casas entran las golondrinas cuando abrimos las ventanas, y los peces se acercaban hasta las princesitas, comían de su mano y se dejaban acariciar...”. Cuando termina el cuento, algo impalpable toca los rostros absortos, que parecen regresar de aquellas regiones, de aquello soñado.

Ahora cada uno toma un libro en sus manos, y se acomodan en sus pupitres a hojearlos. Se trata de niños y niñas que empiezan a familiarizarse con letras y sílabas, lo que les permite entender que aquellas hermosas historias provienen de esos signos que ellos mismos descifrarán un día. La mayoría se dedican a mirar una a una en silencio las ilustraciones, mientras otros, con aires de suficiencia, hacen como que leen en voz alta, señalando con el dedo los renglones y pasando las páginas con seriedad, con el ademán de quien posee la clave de aquellos signos. Yónatan, sin levantar los ojos de la página, dice: “El caballo se fue y les dijo no lo maten llévenlo a comer maíz y el otro caballo dijo no lo dejen ir solo porque lo matan pero el caballo blanco lo mató y di-

jo por favor no maten a la mariposa no la maten”. Jénifer, pegada de su libro, hace un mohín y empieza: “Un ratoncito que tenía mucha hambre y dijo lléveme a comer queso y la mamá le dijo no lo llevo porque lo pisa un carro”. Yeison pide que lo escuchen, busca una de las páginas de su libro y entona la voz: “La abuelita estaba durmiendo y los niños se pusieron a rezar dios mío danos arroz y papas para la comida”. Ahora todos quieren “leer” sus historias, que surgen atropelladamente: “Este señor se fue para el centro, se chocó y se mató”. “Un niño estaba disparando y pum sonaron los disparos”. “La mamá está peinando a la niña y le puso la media pantalón pero vinieron de la fiscalía a quitársela porque la encierra en la pieza cuando se va a trabajar”. “Esta señora no tuvo niños no tuvo ni un solo niño y es que el esposo la dejó y se fue con otra mujer y por eso no tuvieron niños...”.

La profesora sugiere que cuenten historias de la casa, de los vecinos, de los amigos. Elisa es la primera en hablar: “Mi papito fue al cementerio y allá estaban enterrando a un señor que mataron y hubo una pelea y en la pelea el señor muerto se cayó de la caja”. Néstor: “Mi papá y mi mamá también pelean mi papá le quebró a mi mamá una uña y un dedo”. Viviana: “En la televisión mostraron tres muertos”. Karen, interrumpiendo: “No tres muer-

tos no, mostraron noventa muertos”. Alexán-  
der: “Mi hermanito es muy plaga le echó al  
otro hermanito agua hirviendo en la barriga...”. Armando, que ha estado dibujando en  
un rincón, interrumpe sonriente y muestra  
una hoja de papel con el dibujo de la sirenita,  
recostada contra una roca en medio del mar,  
su hermosa cola de todos los colores, adorna-  
da con conchas marinas. Ha completado el  
paisaje con nubes y sol, y algo que parece un  
pájaro en lo alto del cielo.

Tanta dolorosa ternura al mirarlos, y un  
deseo súbito de encerrarlos a todos en un so-  
lo abrazo y deshacer, en ese abrazo, este nu-  
do de lágrimas.

## **Educación: feminino-masculino**

En una crónica reciente publicada por el periódico El Tiempo, su autor, Carlos Dáguer, se refiere al estudio que la Universidad Central realizó durante tres años en 25 colegios mixtos de Bogotá, y que revela que las alumnas están condicionadas a papeles secundarios dentro de la vida académica y social de las instituciones, mientras los varones son los protagonistas de actividades y eventos diversos. El tema reviste gran importancia, ya que permite indagar si realmente la escuela cumple con la tarea de eliminar barreras culturales que impiden a las mujeres, desde la infancia, asumirse como personas dotadas de aptitudes indiscriminadas, pero que una falaz concepción de la idea de género considera exclusivas de un solo sexo, invocando, incluso, factores de orden biológico, lo que visto desde la perspectiva masculina, afecta también a los niños, aunque son las niñas las que resultan

desfavorecidas” ya que se les asignan los roles más insignificantes.

Resulta preocupante el hecho de que, conquistado el modelo de escuela mixta, algo que parecía imposible hace algunos años, no se haya producido aquello que debería ser su consecuencia primera, es decir, un plano de igualdad entre hombres y mujeres que les permitiera convivir dentro de un mutuo espíritu de compañeros. Con muy escasas excepciones, el estamento educativo refuerza y tolera ese abismo entre los comportamientos de uno y otro género y hasta lo justifica, esgrimiendo una supuesta preocupación por la “formación” de las niñas. Como respondiendo a ese empeño, Freddy, de ocho años, durante una conversación en la escuela, tildó de “marimacho” a Liliana, quien estudió allí hasta el año pasado y pateaba el balón y se metía al equipo de hombres en los partidos de microfútbol. Con aires de machista prematuro, agregó que las mujeres no servían “para esas cosas” y que si juegan al fútbol es por eso, porque son marimachos. Las niñas, a su alrededor, estuvieron de acuerdo con él. Saben, sienten, que para ellas se hicieron las rondas, y el salto de la cuerda.

En las pausas de recreación, cuando niños y niñas se reúnen a decir adivinanzas o chistes, la palabra es de ellos. Si acaso alguna niña

se decide a participar, lo hace turbada, vacilante. De ellos es también la cancha de fútbol y esa delicia del baño en las duchas después de sudar al sol. Lo que para algunos puede ser un detalle trivial, es sin embargo, una muestra de ese proceso al cual se refiere la investigación de la Universidad Central, y que va sembrando en el inconsciente de las niñas, la idea de que hay cosas de las cuales sólo pueden disfrutar los niños y que a ellas no les están permitidas. La consecuencia fatal es que al ser aceptadas desde la niñez esas diferencias de conducta, se convierten necesariamente, con el paso de los años, en modos de vida inherentes a la condición femenina.

En la secundaria, el problema se agudiza y persisten las formas de exclusión y apartamiento, con el agravante, señalado en el informe de El Tiempo, de que profesoras y profesores estimulan la diferenciación entre alumnos: “en ellos, los aciertos son fruto de su inteligencia; en ellas, de su esfuerzo”. Podría decirse que el único punto de encuentro entre ellos y ellas se da en el terreno de la sexualidad, pero como el piso de un aprecio mutuo o de una igualdad de opciones está deteriorado, la relación erótica carga con la herencia de antiguos esquemas de dominación, privada de una convivencia igualitaria. Tanto en primaria como en secundaria, los alumnos

mantienen relaciones amorosas con sus compañeras, pero no las toleran en el juego ni en el grupo de estudio y se refieren a “las mujeres”, en sus conversaciones, con términos denigrantes. Lo masculino y lo femenino separado desde la raíz, por muros que la educación mixta no ha logrado derribar. O quizás es que nunca lo ha intentado.



## Los niños acusan

La reunión tiene lugar en un pequeño salón cerca a la biblioteca, donde usualmente se discuten temas relacionados con la lectura en la escuela. Y aunque ese solo enunciado indica que el asunto toca a profesores y alumnos, es costumbre generalizada el que sean los adultos quienes participan en las discusiones, fijando sus propios puntos de vista, pero hablando también por los niños y los adolescentes, sin reconocerles a ellos una voz propia, algo que se da con frecuencia, no sólo en el caso de un tema específico, como éste, sino en la generalidad de los asuntos domésticos o escolares. Es como si se diera por sentado que opinar no forma parte de sus derechos.

En ese sentido, esta reunión resulta insólita, pues niños y niñas estudiantes de primaria en diversas entidades educativas, han sido invitados a compartir una charla acerca del papel de la escuela en la práctica de la lectura.

El encargado de la introducción hace un breve comentario en el cual señala que es precisamente la infancia la época durante la cual se está más sometido a las imposiciones de los adultos, que deciden por el niño o la niña aún en asuntos tan personales como el vestido o el corte de pelo, los juegos, los pequeños gustos. Quería, con esto, demostrar cómo el acceso a la lectura les permite a esos niños una cierta autonomía, liberándose un poco de la dependencia de los mayores y encontrando en los libros aquellos “cómplices” con quienes pueden compartir sueños y aventuras. Invitados a opinar acerca de la validez de estas apreciaciones, los niños y niñas asistentes tomaron la palabra; con expresiones firmes y vehementes, se fueron apartando del tema de la lectura para referirse a situaciones injustas protagonizadas por algunos profesores y profesoras. Mauricio, el primero en hablar, dice con su entonada voz de niño lector: “En mi escuela le dicen anormal al niño que habla mucho y pregunta mucho, cuando lo anormal es que uno esté por ahí, callado y quieto. Casi todos los niños somos hiperactivos y eso no es una enfermedad”. Luego interviene Diego, luciendo su sonrisa alegre y generosa: “En el colegio nos dicen que podemos quejarnos cuando algún profesor comete una injusticia, pero si él sabe que uno se quejó, le dice por ejem-

plo: ‘con ésta no me quedo’, o cosas así”. Hace un gesto gracioso y todos se ríen. Gina, muy seria y aplomada, dice que su maestra encarga al niño más formal de anotar los nombres de quienes se manejan mal mientras ella sale. Y agrega con tristeza: “pero los necios le pegan al formal en el recreo”. Alexánder interrumpe para contar que en media clase un niño chifló muy duro y cuando la profesora preguntó quién había sido, nadie contestó: “La profesora castigó a todos los del rincón donde se sintió el chiflido, hasta a los que no saben chiflar”.

En tono dramático, Jénifer cuenta que la profesora de español le hizo repetir quince veces el análisis de un libro leído. Confiesa que le cogió pavor a la materia de español y la perdió. “Ahora detesto el español y odio el colegio”. Las voces se multiplican en seguida. Los niños hablan de profesores que les lanzan pedazos de tiza a la cabeza, que les tiran de las orejas o de las patillas; que los amenazan con malas notas si se quejan. Muchos les ponen sobrenombres a algunos alumnos y se burlan de ellos delante de los demás. Tras las voces infantiles, se dibuja un clima turbio de chantajes, amenazas, arbitrariedades y malos ejemplos.

Un niño que había guardado silencio, habló con ternura de su maestro: “Lo llamamos

el profesor Tolis, nos quiere mucho, se sienta a conversar con nosotros y compartimos muchas cosas. Yo quisiera que todos los profesores fueran tan chéveres como él”.

Es cierto: existen también profesores Tolis.

## **Por una escuela abierta**

Dentro de los errores y carencias que agobian a nuestro sistema educativo, el de su relación con aquellas actividades consideradas como no académicas, reviste características preocupantes que merecen análisis serios y crítica a fondo, ya que, bien sea porque dichas actividades no existen en muchos casos, o por la idea equivocada que de ellas se tiene, se da una mutilación espiritual, algo así como si a los alumnos les fuesen cercenados aquellos instrumentos mediante los cuales pudiesen aproximarse al mundo a través de los sentidos; porque la relación con la belleza —y llamemos así a todas las formas del arte o de la literatura, y a la contemplación de la naturaleza—, ha de tener como punto inicial, para que sea perdurable, la sensualidad, ejercida por fuera de los cánones tradicionales de un pénsum. Pero es esa precisamente, la pregunta que debe ser formulada a la escuela, acerca

de qué espacio le entrega a los sentidos y a la mirada artística, a la poética del conocimiento. No estamos hablando de graduar músicos, o escritores, o pintores. Se trata de algo mucho más trascendente, como que toca con la formación del gusto, con la apreciación de lo bello y con la adquisición de un sentido de lo estético, elementos que deben ser incorporados al mecanismo docente mediante expresiones libres, sin ataduras convencionales.

En la mayoría de nuestras instituciones se les llama “estéticas” o “artísticas” a aquellas áreas que brindan una aproximación, pobre en general, hacia esas formas que, precisamente por salirse de lo estrictamente académico, son relegadas a un plano inferior dentro de la escala organizativa y consideradas como material de relleno, o descartadas y calificadas como pérdida de tiempo. Casi siempre la concepción de lo “artístico” se limita a las manualidades o al dibujo como tareas impuestas y calificadas, lo que implica un recorte a la expresión espontánea del alumno y un travesaño en el camino de la imaginación, que produce ese desfase entre la escuela y la pedagogía, del cual son víctimas maestro y alumno. Elisa, absorta y aplicada, dibuja un gran sol rojo que ocupa todo el trozo de cartulina; lo muestra a la profesora, quien después de mirarlo extrañada, exclama: “¿Pero cómo se te ocurre pin-

tar un sol rojo, si el sol es amarillo?”. Ha hablado la norma: el sol es amarillo. La niña mira desconsolada a su hermoso sol rojo. Siente que se ha equivocado y hasta pensará que debe ser cuidadosa en el futuro y que preguntará a los adultos de qué color son las cosas, antes de decidirse a pintarlas. No sabremos nunca cuánto de aquel impulso, de aquel hermoso incendio de su sol, de aquel gusto relleno el espacio con la crayola roja, quedó mutilado y marchito. Mínimos instantes del día, en los cuales la escuela asfixia el sueño y le pone grilletes a la imaginación.

El ejemplo de Elisa es apenas una pequeña chispa de alarma que da cuenta de una escuela sepultada en el fondo de las aulas, a la que le convendría salir, airearse, zafarse de ataduras y permitirles a maestros y alumnos mirar más allá de los muros, llenarse de colores, de sonidos, agarrar el mundo que palpita más allá. Y no llevar cuadernos de tareas, ni planilla de objetivos y de logros, ni libreta de calificaciones. No es posible calificar las sensaciones que derivan del canto de los pájaros del Jardín Botánico, de los colores de los cuadros del museo, de la música de los violines del concierto, de la lluvia, del sol, del poema. Y sin embargo, cuánta escuela vivida, cuánto mundo perdurable.

Si a la escuela se le permitiera saltar el muro...





## **Allá arriba, los libros**

La ciudad, la de aquí abajo, encierra, entre otros, el peligro de recortar la mirada del habitante, de achatarla, reduciéndola al espacio que le marcan unos muros invisibles. Al transitar, parecemos aceptar esos límites y creemos que “esa” es la ciudad. Nos permitimos, si acaso, imaginar que algo o alguien existe allá, en aquellos apeñuscados extramuros, que ni siquiera se ven como prolongación del entramado urbano, sino más bien como un cuerpo extraño, adherido a los bordes de la metrópoli. De ahí la sorpresa que se experimenta cuando, traspasado el poderoso muro invisible, unos ojos asombrados descubren que loma arriba, montaña arriba, precariamente, pero de manera real y concreta, hay remedos de calles y aceras, esquinas y quicios, casas de inverosímil arquitectura, tiendas, cafés y pequeños antejardines florecidos. Hombres, mujeres y niños, van de un lado a otro

arañando la altura, dando presencia y forma al barrio, un barrio que más que construido, parece haber sido amasado.

Casi alcanzado ya el filo de la montaña, a siglos de distancia de la ciudad de abajo, aparece un terraplén, labrado no se sabe cómo, e instalada sobre el terraplén, amplia, hermosa y sencilla, una escuela: la escuela de La Pradera. A manera de imponente palco, desde el patio de entrada se ve, lejana e irreconciliable, la urbe amurallada. Al entrar, un cálido ambiente de tableros y pupitres, dibujos en los muros, carteleras vistosas, y el ir y venir de las profesoras que han concertado una reunión con padres y madres de los alumnos. Se escuchan risas, comentarios, saludos, y se percibe la sensación de relaciones afectuosas, un interés general que parece ligar desde dentro a quienes comparten los asuntos propios de la comunidad.

En la biblioteca se reúne un grupo de mujeres pertenecientes al programa de “Canastas viajeras”, creado y desarrollado por el Departamento de bibliotecas y Casas de la cultura del Municipio de Medellín, y que forman parte de un proceso de incitación a la lectura en las escuelas públicas. Las asistentes son madres de familia encargadas de recibir, administrar e intercambiar los libros que, transportados en canastas, llegan a las escue-

las desde la sede del programa. Cada madre recibe un número determinado de libros, los lleva a su casa, y los entrega en préstamo a niños y niñas vecinos, quienes, una vez leídos, los devuelven y los cambian por otros. Las canastas son sustituidas periódicamente para renovar su contenido. En esta promoción de la lectura, las mujeres han encontrado una actividad dignificante que establece entre los miembros de las familias, nuevas relaciones, despertando curiosidad entre niños y adultos y creando nuevos lazos entre el vecindario. En algunas casas, los niños y niñas se reúnen en las escalas mientras uno de ellos lee para el grupo el libro que acaba de retirar. En las vacaciones, un niño propuso a sus primos, que viven en otro barrio, venir a su casa por unos días a leer. Agotaron la canasta viajera de su cuadra. Georgina, encargada de una canasta, lee en su casa para cuatro nietos y varios vecinos. “Cuando me duelen los ojos, descanso un ratito”, dice. En las casas donde se administran las canastas, no faltan a toda hora niños y niñas que tocan a la puerta solicitando el préstamo de un libro. La lectura se ha convertido en una diversión colectiva.

En alegre tumulto a la puerta de la biblioteca de la escuela, las mujeres reciben sus canastas de libros que viajarán de mano en mano, de casa en casa, calle abajo, montaña abajo.



## **El conocimiento cerebral**

El grupo llega por la mañana, a la puerta del museo. Son cuarenta jóvenes, alumnos de secundaria de un liceo de la ciudad, acompañados de su profesor de “artísticas”. Aunque es una de las muchas visitas que la institución recibe como parte de su actividad cotidiana, no puede negarse que son los estudiantes los que despiertan una mayor curiosidad e interés, pues constituyen en gran medida, ese público del cual se espera que las impresiones recibidas lleguen a ser perdurables y se conviertan en parte de una formación espiritual que bien puede tener ahí, en aquellas salas y en aquel claustro, su origen, su momento inicial. Y además, porque es tan hermoso ver cómo los museos que prefieren a los niños y a los jóvenes parecen sacudirse de ese polvo histórico que los asimila a un frío santuario inaccesible. Tal vez haya en esto mucho de romanticismo, pero es cierto que sin la presencia de

la gente nueva, el destino de un museo sería apenas, el de languidecer y morir. Sobre todo, morir en vida, lo que constituye la más triste de las muertes.

Ya reunidos en las gradas de entrada, se escuchan las palabras del profesor, que suenan como si hicieran añicos aquellos pensamientos, aquella ilusión suscitada por los jóvenes rostros de los visitantes. Con voz autoritaria, y mientras pide a gritos silencio, se dirige al grupo, que más parece un rebaño conforme, y les recuerda que deben prestar mucha atención a aquello que miren, pues al final de la visita deberán responder el cuestionario que se les entregará. Con sospechosa mansedumbre, que al fondo no es otra cosa que desidia y pereza, y una cierta indolencia como de quien espera con resignación el momento en el cual todo aquello pasará pronto, los muchachos, acosados por la noticia del profesor en el sentido de que disponen de poco tiempo para la visita, ingresan apurados a las salas y pasan de un cuadro a otro, mirando sin ver, sin que se perciba en el aire del recinto algún hálito de emoción. Sólo se escucha la monótona voz del profesor cuando cita nombres y fechas o ensaya alguna frase ostentosa, de esas que pululan alrededor del tema de la pintura, y que sin expresar ninguna idea interesante, ni mucho menos dar noticia de un en-

cuentro gozoso, le enrostran al otro su condición de ignorante, del que “no sabe”, del que “no entiende”, y que por eso, por no “saber” ni “entender”, se refugia en la apatía y en la indiferencia. Cuando termina el lánguido recorrido, el profesor reparte entre sus alumnos un cuestionario de diez preguntas que deberán absolver como tarea y como nota de final de año. Algunos ejemplos de este cuestionario, ponen de manifiesto la noción que se tiene en general acerca de algo que llamaríamos, irónicamente, “apreciación del arte”. Se pregunta, por ejemplo, en dicho cuestionario, el nombre de cada una de las salas del museo y la época a la cual corresponden las obras allí exhibidas; las biografías de Fernando Botero, Francisco A. Cano y Pedro Nel Gómez; técnica y materiales usados por Marco Tobón Mejía; fecha de fundación del museo; fecha de nacimiento de Débora Arango, y otros datos similares.

El anterior es apenas un ejemplo de la actitud del estamento educativo, que continúa privilegiando el dato y la anécdota, e ignorando el ingrediente del gusto o del disgusto, el de la emoción y el del papel de los sentidos, no sólo en la relación con el arte, sino también con las diversas manifestaciones de la ciencia, la literatura o la técnica. Parece como si sólo se pensara en la erudición, esa manifestación su-

perfidia, propia de una cultura de crucigrama, del llamado conocimiento cerebral, sin anclaje en la pasión investigadora, en la aproximación entusiasta a un descubrimiento que sea fruto de la curiosidad, de la lectura, de la mirada. Pero sólo cuentan fechas, nombres, cifras. De ahí el vacío espiritual. Y el letargo mortal en que se hunde la curiosidad.

Despertar de ese letargo, es la obligación apremiante de una escuela nueva, escuela que sólo puede darse si hunde sus raíces en el propio corazón del maestro. Es él quien puede derretir, así sea parcialmente, desde su propio desempeño, el hielo mortal de un sistema equivocado.



## De la educación

Diana es una joven maestra de niños y lo es porque desde siempre pensó que sería hermosa la experiencia de conocerlos mejor, de relacionarse con ellos de una manera digna y de acompañarlos en el proceso de su crecimiento y de su instalación en el mundo. Ha reflexionado mucho acerca del problema del niño en un mundo de adultos; ha comparado las opiniones de quienes estudian el comportamiento infantil y la manera como el medio familiar y social determina conductas y modos que se prolongan en el tiempo y que configuran muchos de los rasgos personales del adulto.

Diana respeta a los niños y a las niñas con quienes alterna en su oficio de maestra, evitando de paso caer en la idealización, en la noción romántica de que son seres angelicales ante quienes debemos prosternarnos, alelados; o en aquella otra idea que los califica gra-

ciosamente como “locos bajitos” o “enanos”, y que no es otra cosa que la actitud ambivalente de los adultos, mezcla de chiste y desdén, aparente simpatía y menosprecio. En resumen, esa idea de que el niño es apenas un adulto en miniatura, un bonsai con quien resulta divertido jugar y a quien podemos, de paso, manipular a nuestro antojo. Diana respeta a los niños y les reconoce su dignidad de personas, lo que implica que ellos, a su vez, la respetan, libres de temores, presiones o amenazas.

Dentro de ese mutuo respeto, ha surgido una relación enriquecedora y una manera de asomarse al mundo con ojos curiosos, desprevenidos y transparentes. Y se da, en consecuencia, una disciplina natural, espontánea. Con Diana, el salón de clase no es un rutinario lugar de lecciones recitadas y ejercicios monótonos. La vida de los alumnos transcurre casi siempre al aire libre, pues salen a caminar, a mirar las plantas y los árboles, a observar la ciudad, sus calles, sus lugares, los rostros de sus transeúntes. Deja que los niños se ensucien de tierra, que gocen con un chorro de agua, que corran por el prado y puedan asombrarse ante un pájaro que vuela, ante una nube detenida en el firmamento. Que miren la lluvia y la sientan, que se tiendan al sol. Conversan entre todos acerca de las co-

sas que ven y de otras cosas secretas que los niños, por lo general, no acostumbran contar a los adultos. Les lee hermosas historias que ellos escuchan extasiados y absuelve, sin pretensiones, interrogantes que van surgiendo de la conversación, del proceso mismo de una relación apartada de lo convencional. Los alumnos de Diana saben que existe la injusticia, la pobreza, el crimen, pero saben también de la belleza y de la alegría. Los conocimientos formales, las “materias” de estudio, han ido surgiendo de modo armónico en la medida de las relaciones de cada niño con el mundo, evitando así una enseñanza de cartilla o de simple memorización.

Invitados a una reunión informal, con motivo de las vacaciones de fin de año, algunos padres y madres de estos niños se mostraron descontentos porque, entre otras cosas, no leen “de corrido”, como sí lo hacen otros de su misma edad a quien ellos conocen; o que no están lo suficientemente bien en matemáticas. Una madre declaró que en lugar de estar “perdiendo el tiempo”, quería ver a su hijo cuaderno en mano, dedicado a sus tareas, “si es que en verdad queremos que lleguen a ser alguien en la vida”. Incapaces de valorar una educación humanista, abierta e inteligente, en la cual conocimiento y espíritu armonizan paralelamente, piensan sólo en la libreta

de calificaciones. Quieren ver números, cifras halagadoras, como si se tratara de un balance de empresa o de los resultados de su “inversión”. Sin embargo, uno sabe que algo de Diana se ha quedado en el alma de estos niños. Algo hermoso y perdurable.

## La escuela mixta

Teresa y Sonia hablan apasionadamente de su oficio de maestras. Ambas son claras, inteligentes, críticas, y su posición les permite confrontar a diario sus propias ideas con las realidades familiares y culturales de sus alumnos, en ese recargado microcosmos de la escuela, que resume todas las carencias, todas las limitaciones, las ansias y las frustraciones que la sociedad alimenta en el corazón de los alumnos, y que prolonga, dentro de su marco, los mecanismos que preservan, y aún justifican, el mantenimiento de un orden cultural recortado y mezquino.

Ir a la escuela, asumir el derecho a aprender, forma parte en nuestro país, de esa larga lista de batallas cotidianas, casi siempre anónimas, que la gran mayoría de los individuos libran a diario como parte de su dura lucha por la vida. Para la mujer —la gran rezagada de la Historia— la lucha ha sido aún más difícil, y mientras el acceso del hombre al estu-

dio ha estado siempre determinado por meros factores económicos, ella ha tenido que oponerse, además, a los factores de tipo cultural que le niegan, en nombre de su condición de mujer, la necesidad de instruirse.

Teresa y Sonia son hijas y nietas de esa legión de mujeres que, para afirmar su derecho a estudiar, tuvieron que oponerse a sus padres y a sus confesores, a sus vecinos y a sus amigos, desafiar nociones arraigadas como creencia popular, ideas que llegaron a convertirse en agüeros, sentimientos que tenían fuertes tintes religiosos y políticos y ribetes morales que, a personas de poco temple, las llevaron a renunciar y a claudicar. A principios de siglo, en un pueblo cualquiera de Colombia, ante la idea revolucionaria de fundar un colegio para mujeres, y ante la posibilidad de que las hijas de familia cambiaran sus tareas domésticas por el estudio, el padre, aterrado y furioso, preguntaba qué tenían las mujeres que aprender fuera del hogar, y agregaba que sólo saldrían para el colegio por encima de su cadáver. Claro que salieron, y no fue necesario saltar por sobre ningún cadáver, pero sí por sobre el muro de los prejuicios familiares y sociales que todavía persisten, y que se manifiestan, en muchos casos, de maneras más sutiles y aparentemente menos violentas, pero igualmente discriminatorias.

Teresa y Sonia ejercen su magisterio en instituciones de enseñanza mixta, modalidad que pretende borrar fronteras determinadas por el sexo, y que constituye conquista innegable en una sociedad cuyo aparato educativo ha llegado, inclusive, a reforzar las exigencias del pénsum masculino, y a ser benévolo e indulgente con la instrucción impartida a las mujeres, aceptando que en las áreas científicas e investigativas, no hay que esperar de ellas los resultados que en cambio se esperan del alumno varón.

Estas maestras confrontan a diario que tanto la primaria como el Liceo, ambos de orientación mixta, prolongan y preservan desde su interior, la discriminación que tal orientación pretende borrar. Todo allí sigue obedeciendo a patrones masculinos y femeninos. Sonia insinúa que los niños del tercero de primaria deben aprender a arreglar su propia ropa y a colaborar en las tareas domésticas del hogar, y su insinuación genera, casi, el escándalo. Hay trabajos manuales para niñas y trabajos manuales para muchachos: las niñas hacen figuritas de plastilina, los niños pueden labrar un pedazo de madera con una navaja, o ensayar algo de carpintería. El deporte es la gran barrera: las niñas practican gimnasia rítmica, los niños patean el balón. Una de las ni-

ñas quiere ser portera en un equipo de fútbol y toda la clase suelta la carcajada, mientras el director pone cara de reproche y a Sonia se le hace un nudo en la garganta. A las niñas se les pide cuidar su vocabulario, mientras los muchachos hacen alarde de un lenguaje suelto, y hay en ellos cierto gesto de prepotencia cuando miran de reojo a ver qué impresión han causado en las niñas las palabras que ellos sí pueden pronunciar.

En el Liceo existe una Coordinadora Femenina, que cita a reuniones periódicas para explicar a las alumnas lo que debe ser su comportamiento dentro del establecimiento, subrayando así el hecho de que las muchachas constituyen un grupo diferenciado dentro de las relaciones mixtas. Teresa se altera cuando en la reunión de profesores alguien sugiere que a las muchachas se les prohíba fumar porque se ve muy feo ese espectáculo en los corredores de un claustro estudiantil. A las alumnas se les repite que deben vigilar sus ademanes, vestirse discretamente, y evitar todo gesto que propicie en los muchachos alguna conducta irrespetuosa. Se les recuerda que, al fin y al cabo, “ellos” son hombres y no hay que culparlos, ya que actúan incitados por las mujeres. Uno de los alumnos, el más joven de la clase, se negó a ingresar a un grupo de trabajo porque estaba conformado por mujeres y,



según sus propias palabras, él no iba a permitir que de pronto ellas lo superaran. No estaba haciendo otra cosa que ser consecuente con lo que en el Liceo se practica para mantener el enfrentamiento entre hombres y mujeres.

Desde dentro del problema, Teresa y Sonia saben que no basta el rótulo de Educación Mixta pegado en la puerta de las escuelas, mientras permanezcan sin cuestionar los factores sociales de discriminación de la mujer. Pero saben también que el propio esfuerzo de claridad, arrastra la claridad de los demás. Es, precisamente, lo que ellas están haciendo.



## Notas de una maestra

**Agosto.** Miro a Sandra, tan bella, tan apasionada en sus gestos, en sus palabras, en sus expresiones. Parece a veces como si el mundo le cupiera entre los brazos, y otras, en cambio, se le ve derrumbada, sumida en un mutismo extraño, doloroso. No olvido el día en que llegó remitida por el Hogar especial, cómo se pegó de mi cuerpo, como queriendo meterse dentro de mí. Al poco rato, ya estaba contándome que andaba buscando a su mamá, pero que no la encontraba por ninguna parte, y que aunque preguntaba por ahí, donde suponía que estaría, nadie le daba razón de ella. Fue así como supe de su obsesión, del tema casi permanente de sus conversaciones. Alguien allegado al Hogar dice que la madre abandonó a Sandra cuando tenía tres meses de edad, y que le dice “mamá” a una de las encargadas de la vigilancia. A mí me ha dicho, emocionada: “ya tengo mamá”. Y yo, para no

alimentar en ella esa ficción, le he dicho que esa no es su mamá y que por lo tanto no podría tenerla para siempre. Sandra llora y me mira con sus hermosos ojos, y dice, empecinada: “Esa sí es mi mamá”.

Me duele que el castigo por sus necesidades en el Hogar sea privarla de venir a la escuela. “Rebelde”, es la acusación más frecuente que le hacen allá. Es cierto: Sandra es rebelde. Pero yo me pregunto si la rebeldía de un niño debe ser considerada como falta, y castigada. Valdría la pena preguntar a los adultos qué significa para ellos ser rebelde. Aquí mismo, en la escuela, y supongo que mucho menos allá, en el Hogar especial, Sandra nunca aparece como si tuviera la razón; siempre hay alguien que le grita que está equivocada, que se calle, que no discuta, que respete. Los mayores se sienten irrespetados cuando un niño los contradice o los cuestiona, y Sandra, precisamente Sandra, lleva nueve años oponiéndose, tratando de encontrar una verdad, su verdad, preguntándose quién es y por qué otros, ajenos e insensibles, le decretan hogar, castigo, modales, conductas. A mi lado se sosiega, se transforma por un momento, apaciguada, y me abraza y me besa con el mismo ímpetu con el que pelea. Yo me quedo en ese mar de ternura que ella propone. Pero me siento impotente para salvarla.

¿Salvarla de qué, de quiénes? No sólo de aquellos que la castigan, negándole, por ejemplo, el derecho a bañarse, sino de ese pasado brumoso que la envuelve. Con aire de secreto, sus compañeros cuentan que se ha escapado de varios internados. Una niña explica, con mucha seriedad, que lo hace para buscar a su mamá. Tengo la sensación de que, por el momento, yo soy esa madre que busca. Y me asusto. Dice en el recreo, refiriéndose a mí: “Yo sé que la profe vive en Buenos Aires y me voy un día de éstos, tocando de puerta en puerta hasta que la encuentre”. No le basta verme ahí, en la escuela. Lo que quiere es buscarme y no encontrarme.

Detallo su hermoso rostro, su pelo en desorden sobre la frente, una leve cicatriz en el labio, su gesto altivo y dulce al mismo tiempo, y esa manera que tiene de querer a sus compañeras a los gritos, a las risas. La veo poseída por un deseo insaciable de tener amigas, de quererlas y ser querida por ellas, de que le escuchen ese amasijo de realidad y ficción del que está hecha su vida, tan corta y tan larga, tan dolorosamente larga.

**Septiembre.** Hace dos semanas que Sandra no viene a la escuela. Quiero ir al Hogar, hablar por ella, traerla. ¿Qué diré? Que es inteligente, que le gusta estudiar, que aprende con facilidad, que la atormenta el miedo a fa-

llar, que esconde sus temores y los tapa con gritos y reclamos; que es dulce y violenta, tierna y apasionada. Y que se busca a sí misma cuando busca a su madre, pero no encuentra a ninguna de las dos. Me dirán que está castigada por rebelde y me hablarán de normas, estatutos, disciplina, principios, sanciones. Ni una pizca de ternura. La imagino con ganas de agredir, de cobrar en los demás su inmensa, su infinita frustración. El último día que nos vimos me buscó temprano, como siempre, en la cocina, antes de empezar las clases. Estaba triste y me dijo: “Creo que me van a echar...”. Qué poca cosa me parece este amor que le tengo, inútil para sacarla de su abismo. ¿Quién responderá por Sandra cuando se hunda definitivamente? Nadie me contesta...

## **Fabián**

Llegó a la escuela remitido por uno de esos Hogares de apoyo que asumen, de modo precario, la protección de niños lanzados a un mundo de carencias, olvidos, atropellos, desesperanzas y sinsabores surgidos no sólo de conflictos colectivos más notorios, producto de una violencia generalizada, sino de aquella que germina en ambientes familiares signados por el abandono, el hambre, el hacinamiento, y la falta de mínimas oportunidades de subsistencia.

Lo que más duele de Fabián, a sus diez años de edad, es su cara de adulto decepcionado, su mirada lejana y opaca, esa distancia que lo separa de los demás, aun en los momentos de una aparente convivencia. Alto, espigado, moreno, la sonrisa parece ser algo difícil de suceder en su rostro, y a veces, cuando uno cree que va a producirse, se esfuma cerrando toda posibilidad, toda ilusión de un gesto amigable.

Comenzó en el grupo de primero, pero no encontraba acomodo y se sentía mal entre niños menores que él. Ayudándole un poco en prácticas de lectura y escritura, lo trasladaron a segundo, pensando que pudiera instalarse en la escuela de manera más adecuada; sin embargo, persiste la tristeza, aunque desde el primer día se advierte en él un esfuerzo por relacionarse con sus compañeros, esfuerzo que se traduce en dolorosa torpeza cuando ensaya un gesto o intenta una palabra que se le ahoga antes de ser pronunciada, y a la que le falta voz para nombrarla. Enmudece y vacila, y parece sumirse en una impotencia que le va creando graves defectos de pronunciación y ese tono ronco, difícil, como salido de un pozo profundo.

Pero también, de repente, llega a la escuela contento, juega un rato con algunos de sus compañeros, y se piensa por un instante,

que va a producirse el milagro de una entrega, que ha llegado el momento de descargar aquel pesado y oscuro fardo de frustraciones escondidas tras ese rostro inescrutable. A veces evoca brevemente el pueblo de donde viene, dice su nombre, y economizando palabra por palabra, casi letra por letra, alcanza a hablar de una calle enterrada y unos muchachos que pateaban el balón y no iban a la escuela. A sus ojos asoma entonces algo parecido a la nostalgia. Después se hunde en grandes silencios y letargos, durante los cuales no contesta a ninguna pregunta, a ninguna insinuación. La profesora de grupo lo aborda con cariño y le dice: “Quiero ayudarte, Fabián, quiero que aprendas a hablar, a cantar, puedes decirme qué deseas, qué piensas”. La respuesta es un “no quiero”, seguido del silencio de su rostro de niño viejo. Bien sabe ella que Fabián salió de su casa huyendo de los maltratos de su madre, y que, golpeado desde siempre, han sido esos golpes los que apagaron su sonrisa y le echaron llave y candado a su alegría, los que ensombrecieron su rostro infantil y siguen frustrando todo intento de aproximarse a los demás.

Uno de estos días sucedió algo que parecía, otra vez, el milagro: vio a su profesora a través de la reja de entrada, corrió hacia ella y se echó en sus brazos, apretándola. Pero



cuando notó que otras profesoras la acompañaban, se zafó, miró con resentimiento a su alrededor, y dijo, mirándolas fijamente: “no me gustan las mujeres”. Sin embargo, en clase se sienta al lado de Sandra y la mira dulcemente, como cubriéndola con su mirada. Los hermosos ojos de Sandra le responden, y algo entre ambos parece tejer un momento de ternura, cuyo lenguaje sólo ellos descifran en silencio. También apareció un día con un niño de su edad. Venían tomados de la mano, y al llegar, Fabián se adelantó y le dijo, sonriendo, a la profesora: “es mi hermanito”. Se trata de un niño de una escuela vecina, con quien coincide a veces. A él le debe su sonrisa y ese gesto de orgullo al llamarlo “hermanito”.

Durante uno de los ejercicios de nivelación, su maestra se empeña, insiste, inventa para él modos, gestos, se hace la disgustada porque no ha traído la tarea, y le reclama: “¿Pero entonces, qué es lo que traes, Fabián?”. Él abre el puño de su mano y lo adelanta hacia ella. Ahí, guardado, un confite de menta envuelto en papel brillante. La maestra ve transcurrir íntegra la infancia de Fabián durante aquellos segundos, y piensa que el doloroso silencio de su sonrisa lo exime de todas las tareas, de todos los reclamos.



## La potrera

La neblina asciende, temprano, desde el cañón, y envuelve las montañas y desdibuja los árboles de lado y lado de la carretera. De repente, en la altura, el sol desgarrá de un solo tajo aquella gasa, y las manchas plateadas de los yarumos relumbran entre el bosque tupido. Todavía más alta, en la ladera sembrada de plátano y café, está la escuelita de “La Potrera”, dos pequeños salones y un corredor, el jardín de dalias, mermeladas y sanjuaquines, y aquella deslumbrante vista hacia los picos y los lomos de montañas que parecen más bien una exageración del paisaje. Resulta cosa de milagro encontrar allí tablero, tiza, mapa de Colombia, libros, cuadernos, pupitres; y dos maestras de mirada transparente y sonrisa dulce y serena. Y un grupo de niños y niñas alegres y festivos, que revolotean en el camino de tierra colorada que da acceso a la escuela.

Allí siempre hay risas y abrazos, y alguna historia que contar, alguna noticia de aquel pequeño mundo tan lejano. Nos reunimos semanalmente, y la mañana es una fiesta alrededor de los libros que sacamos de la “caja viajera”, pequeña biblioteca portátil que se cuelga de la pared, y cuyos entrepaños son gruesos bolsillos que albergan aquellos objetos fascinantes, convertidos como por arte de magia, en cautivadoras historias que los niños escuchan arrobados. Cuando hace buen tiempo, bajamos hasta el plan con la pequeña biblioteca en hombros, enrollada. La desdoblamos sobre la manga, y después de sacar su libro cada uno se instala donde mejor le parezca. En pocos minutos, el lugar se llena de murmullos, de sonidos, de palabras apenas deletreadas, y parece como si al aire libre, bajo el sol, los libros cobraran nuevos y más vivos colores. Alguien pide que leamos otra vez “El gigante egoísta”, y se forma una pequeña rueda para escucharlo. Higinio, de 25 años, mayordomo en una finca vecina, asiste a la escuela alternando de modo natural con los niños, y parece sorberse el relato letra por letra. Cuando termina la lectura, dice que sintió ganas de llorar.

Desde el plan se ve, envuelta en brumas, la ancha y lejana franja del Cauca. Niños y niñas disfrutaban señalando sus casas encarama-

das en las faldas, entre los platanales. En las mangas de abajo hay pomos, casi amarillos de tantas frutas. Guardamos los libros y decidimos bajar hasta el pomar, dejando resguardada la caja viajera. Todos corren y se trepan a los árboles y ni siquiera se advierten sus figuras entre el follaje, apenas se escuchan gritos y risas. Nos hartamos de pomos, y quedan todavía para llevar a la escuela. Regresamos sudorosos y agitados. En el salón encontramos a Leidy, con su rostro ensombrecido, que cubre con sus dos manos. Uno de los niños explica, afanado: “es que le mataron al hermano, en Medellín”. Y otro niño interrumpe y agrega: “es que el hermano vivía en Medellín, y como allá matan tanta gente...”. Una niña completa la historia: “a la mamá le avisaron ayer y se fue para allá, y salió en la televisión, don Martín la vio y dijo que estaba llorando, salió por las noticias”.

Las pomos están sobre la mesa. Parece como si las palabras, todas las palabras, se hubiesen acabado de repente.



## Niños y monstruos

Sentados en rueda debajo del único árbol que hay en la manga, las niñas y niños de la pequeña escuela, celebran con bullas y risas esta mañana de sol. Han llegado hasta allí saltando, empujando, corriendo, arrastrándose por la suave pendiente, como queriendo atrapar ese aire tibiecito y pasarlo de un cuerpo a otro cuerpo, en un baño de luz colectivo. Todo porque durante la semana pasada el sol había sido apenas una leve rasgadura en el velo impenetrable de la neblina, y a las frías y oscuras mañanas sucedieron tardes y noches lluviosas que convirtieron en pantaneros los pequeños patios de tierra pisada, los estrechos caminos, las modestas huertas de cebolla y habichuela.

Uno de los niños preguntó si podíamos leer algún libro de espantos o de monstruos. Todos aplaudieron la idea y Elisa fue hasta la escuela a buscar el libro pues en los que tenía-

mos a mano no había nada escalofriante. Regresó con un pequeño libro de Ana María Machado, *El domador de monstruos*, que aunque no resultó todo lo horripilante que el grupo deseaba, al menos estaba lleno de ilustraciones de monstruos, lo que le permitió ser aceptado de buen grado, bajo la promesa, sin embargo, de que la próxima vez buscaríamos algo más monstruoso, como por ejemplo, dijo Yeison, el hombre sin cabeza que se le aparecía por la noche a Juan sin miedo. El domador de monstruos cuenta la historia de Sergio, un niño que antes de dormirse se puso a mirar las figuras que aparecían en la pared de su cuarto, y que no eran otra cosa que sombras proyectadas a través de la ventana por las ramas de los árboles al ser movidas por el viento. Pero él pensó, con horror, que se trataba de un terrible monstruo que se retorció y que amenazaba con devorarlo. Para dominar su miedo, Sergio, con los ojos cerrados, amenazaba al monstruo de la pared diciéndole que llamaría a otro monstruo más feo para que lo asustara y se fuera, pero al abrirlos de nuevo, encontraba ahí a una criatura aún más monstruosa. Sergio decidió burlarse de él riendo a carcajadas, con una risa tan estridente, que acabó por espantarlo. Desaparecido el monstruo de la pared, el niño se durmió plácidamente y soñó con divertidos, alegres, gracioso-



sos e inofensivos monstruos de todos los colores.

El libro pasa de mano en mano y se escuchan exclamaciones de asombro, mientras muchos dedos señalan aquellas seis lenguas, aquellas siete colas, esas espantosas ocho jorobas, nueve piernas, cinco ombligos, las terribles garras. Se da entre todos algo así como un banquete de pavor que los asusta y los divierte. Édison ha permanecido un poco aparte del grupo y dice, de repente, que de noche lo asustan las matas de plátano que hay al pie de su casa y que se ven como un hombre montado sobre un caballo. Bibiana lo interrumpe y cuenta que por las noches se sienten ruidos de cosas que caen al techo de su casa y que su mamá dice que son las brujas que andan por ahí asustando. Leidy cuenta que cuando su tía sale de noche a lavar los trastos en la poceta, ve un bulto blanco que viene de debajo del churimo y camina por la falda. Alexánder y Róbinson, que son vecinos, dicen que por las noches, en el cafetal, se oyen ruidos extraños y las voces de los difuntos que andan recorriendo las fincas; Sandra ha visto al diablo en la pared de su pieza, junto a la cómoda, y Wilmar al jinete sin cabeza, en su caballo blanco, sobre la chamba, junto al corral. Milena oye cantar por las noches al pájaro sin-fín y le da miedo porque anuncia la muerte

de alguien. Mayeli interrumpe y recuerda que la víspera de la muerte de su tío se escuchó el sinfín a media noche; Yohana cuenta de una bruja muy necia que molesta a su mamá y le saca al patio, de noche, las ollas y los platos. Todos conocen señoras a quienes los duendes les han escondido sus bebés en la huerta, y saben de caballos que amanecen con las crines y las colas trenzadas por las brujas.

Las historias se atropellan, mezcladas, de regreso a la escuela. De pronto, Yovani se detiene, alza sus brazos imponiendo silencio, y dice en tono de caricatura, imitando algún discurso solemne, que ni él, ni su papá, ni su mamá han visto espantos, porque ninguno en la familia es miedoso. “Yo me río de los espantos”, agregó con un gracioso tono fantasmal y remató con una enorme carcajada, ruidosa, prolongada, que desató a su vez otras risas no menos estruendosas. Tantas risas desatadas, que parecía un conjuro espanta monstruos.

Ya en el salón, todavía con restos de risas, Daniel, el más pequeño, se acerca y me dice casi en secreto: “Cuando mataron a Mundo, allí, a la vuelta, donde está la cruz, yo le vi los pies y me dio mucho miedo. Todavía me da miedo. Yo lo quería mucho. Puede que se me quite el miedo, pero la tristeza no”. A sus nueve años, Daniel ya sabe de monstruos que no pueden ser domados.

## Los niños pobres

Han llegado desde una de esas lomas distantes, desde el sitio donde la ciudad se vislumbra como un espejismo, un reflejo difuso e inasible de calles apenas imaginadas y perfiles de edificios casi fantasmales perdidos en la distancia. Los niños con sus sencillos delantalcitos azules, las niñas con sus falditas plisadas, revelan, desde la primera mirada, que se mueven en ese mundo turbio de la escasez, de los zapatos que aprietan hasta romperse, de la comida que no quita el hambre.

Limpios y alegres han bajado al centro en un grupo dirigido por la maestra de la pequeña escuela, como una forma de recreación que para ellos resulta una aventura extraordinaria. Al bajarse del bus del barrio que los dejó en la esquina de la avenida, todos miran deslumbrados hacia arriba, hacia esos edificios que ahora aparecen ante sus ojos, reales, verdaderos. Suben en gozosos saltos las gradas

del edificio de la Cámara de Comercio, donde están invitados a escuchar durante un rato la lectura de cuentos: Simbad el marino, Caperucita roja, La niña de nieve, Blancanieves, Los tres ositos. (¡Toda una fiesta!).

Pero la entrada se retrasa porque el grupo ha descubierto la maravilla de las escalas como primer escenario de su propia diversión. Niños y niñas se despliegan en un abanico ruidoso y ágil, subiendo y bajando los amplios escalones que van desde la acera hasta la gran puerta de ingreso; revolotean entre risas y empujones, atisbando quién llega más rápido, aprovechando cada milímetro de aquel espacio como si se tratara de un parque de atracciones mecánicas. Sólo la huraña voz de la maestra los sacó a la fuerza de aquella delicia que uno hubiese querido prolongar, así fuese necesario dejar para otro día la historia de los tres ositos.

Y no pararon allí los maravillosos descubrimientos de los niños pobres, porque a la vista del ancho corredor de granito reluciente, cada uno tomó impulso patinando a su manera, salvando a grandes trechos el trayecto hacia los ascensores. Y como en esos lugares de fantasía, donde se pasa de una a otra experiencia con velocidad de vértigo, la puerta mágica se abrió, dejando salir de aquel hueco misterioso a algunas personas, para cerrarse de nue-

vo como si fuese la cueva de Alí Babá. El bullicio fue sustituido por un silencio de asombro y fascinación, dicha y temor, que iluminó aún más aquellas miradas tan limpias y transparentes, que suscitó instintivamente la necesidad de pegarse el uno del otro, como si cada pequeño cuerpo fuese incapaz de afrontar solo tanta emoción. Dividido en tres tandas, el grupo llegó arriba entre murmullos y exclamaciones. Alguien sintió un frío en el estómago, alguien creyó que volaba, alguien pensó que íbamos en un cohete. Y luego, a través de los amplios ventanales del salón de lectura, un nuevo asombro: mirar desde arriba las montañas, los altos edificios, los automóviles empacados piso por piso en un parqueadero próximo. Al darse cuenta de que el piso del salón estaba forrado en algo suave y mullido, todos rodaron dichosos sobre el tapete, pegando sus cuerpos con fruición contra aquella felpa provocativa. Acostados escucharon absortos la lectura y luego cantaron una hermosa canción de despedida.

Tanta frescura y tanta conmovedora espontaneidad en aquellos gestos. Pero también cuántas carencias revelan y cuán alejados del mundo mantiene a estos niños la hipocresía de la ciudad.



## **La escuela y la vida**

La escuela queda allá, alta, muy alta. Desde la esquina se ve lejos, muy lejos, la ciudad con las siluetas de sus edificios recortadas en el contraluz de la mañana como una extraña visión, un algo distante e inasible que parece disolverse en un difuso velo de neblina. Ya próximas las vacaciones, la escuela vive un clima de premura, y niños y niñas se desbordan en juegos ruidosos, y corren, excitados y alegres, dentro de esa cierta indisciplina reconfortante, que suscita alegría en un grupo humano sometido a serias dificultades económicas y sociales. Uno se pregunta de dónde surge tanta vocación para el goce sencillo, de qué riqueza interior brota la limpieza de sus miradas, de qué está hecha su sonrisa que sobrevive a dificultades y adversidades. Sujetos de violencias y de privaciones, de incierto futuro y de riesgo presente, hay, sin embargo, en estos niños, una reserva de pureza que no ha sido derrota-

da, cuando todo a su alrededor conspira para liquidarla. Pero resulta inevitable que en lugares profundos de su alma, permanezcan agazapados los fantasmas de la muerte, marcas indelebles de aquello con que los ha señalado el dedo de la injusticia, la sombra del miedo.

En clase, la maestra explica el sentido de algunos conceptos como la alegría, la tristeza, la angustia. Escriben frases en el tablero, se hacen comentarios, y se les piden algunos ejemplos de experiencias personales que deben anotar en sus cuadernos. Éstas son algunas respuestas: Alegría: cuando mi mamá salió bien de la operación de los ojos. Cuando bailo en la escuela. Cuando estoy en natación. Cuando mi mamá tuvo el bebé. Tristeza: cuando se murió mi papito, porque él fue el que me crió y todavía tengo la tristeza. Cuando mi mamá se emborracha y nos grita a mí y a mis hermanos. Cuando le pegan a mi hermano o cuando veo que le pegan a cualquier niño en la calle. Preocupación: yo tenía una primita que cuando daban bala y no estaba en la casa, entonces alguno aparecía muerto y yo pensaba que era ella. Cuando mis hermanitos salen solos a la calle y de pronto se los roban. Cuando mi mamá está en el trabajo, pienso que está enferma o que de pronto se le viene la sangre. Angustia: cuando la gente sale sin decirle a la mamá y ella se angustia.



Cuando mi mamá se va para el centro. Cuando avisaron que mi hermano había muerto. Cuando a mi mamá le dan trago.

Una de las niñas propone dramatizar las situaciones, y rápidamente organiza los grupos que actuarán. Salen del salón a ponerse de acuerdo, hay carreras, murmullos, cuchicheos, y comienzan las representaciones. Éste es un ejemplo: un niño imita a alguien que va por la calle. De repente, dos niños que hacen gestos de dureza, lo asaltan. Lo inmovilizan. Le registran los bolsillos, hacen como que sacan dinero. La víctima trata de defenderse. Lo tiran al suelo, lo golpean, hacen como que disparan. Queda tendido en el piso. Otros niños llegan, lo recogen, lo llevan hasta la mesa de la profesora; el que hace de médico lo examina. Dice: está muerto. Llega la madre, desesperada, llora a los gritos sobre el cadáver de su hijo y pregunta: "Hijo mío, ¿por qué te mataron?". Las otras dramatizaciones se refieren a un niño que sale a jugar en la calle y lo mata un carro; una madre que sale a trabajar y una mujer le roba su hijo; dos compañeros de clase que se golpean con dureza, pero terminan perdonándose. Al final, los actores se toman de las manos y toda la clase aplaude. Suena la campana para el recreo.

Si uno pudiera espantar esa oscura sombra que planea sobre sus vidas.



## **La escuela pobre**

Siempre que cae un aguacero fuerte, la escuela pobre amanece inundada. El agua se cuele por los huecos del techo, rebosa los corredores y baja por las escalas hasta el patio de recreo. En los salones se forman grandes charcos, y los pupitres, ya de por sí muy deteriorados, se entrapan. Niños y niñas echan mano de escobas y trapeadoras y chican el agua entre gritos y charlas, sacándole gozoso partido a una situación que les permite no sólo mojarse, lo que es ya una delicia, sino retrasar un tanto el horario de las clases, algo que para muchos estudiantes reviste características de fiesta.

La mayoría de los niños de la escuela pobre vienen de lejos, muchos de ellos transitando por calles sin pavimentar que se adivinan en sus zapatos embarrados. Muy pocos tienen chaqueta o suéter y el vestuario general consta de una o dos camisetas de franela

ordinaria y un bluyín que es necesario cuidar para que resista el diario embate de juegos y andanzas. Los dibujos de la escuela pobre son, con raras excepciones, sólo a lápiz, ya que poseer una caja de colores constituye un verdadero lujo. En medio de tantas carencias, ésta de los colores duele más, ya que pintar es una de las pasiones de la infancia, transmutada en lenguaje de vivencias, sueños y sensaciones. Sin su caja de colores, el niño de la escuela pobre padece una frustración amarga que la indiferencia del sistema educativo no permite identificar ni valorar.

Como parte de una mínima recreación colectiva, la escuela pobre organiza salidas al museo, al parque de diversiones, al Jardín Botánico, pero muchos de esos programas deben ser cancelados porque los padres de los niños no tienen con qué pagar el pasaje en bus desde la escuela hasta el lugar escogido. Surge entonces la dolorosa alternativa de no llevar a ninguno o llevar sólo a aquellos que pueden pagar el pasaje, lo que convierte la salida en una cruel diferenciación. El gesto de los niños que se quedan en la escuela por falta del pasaje es como una acusación, y uno, el acusado, siente el deseo de abrazarlos, de pedirles perdón. De llorar.

Pero es el hambre la peor mancha de la escuela pobre, porque marca a los niños des-

de el fondo mismo de su cuerpo y de su espíritu, y los arrastra hacia otras pobreza, hacia las otras miserias, súbitos dolores de cabeza, silenciosos llantos, irascibilidad frecuente, notoria dificultad de concentración, mareos y desmayos en clase. Muchos llegan sin desayunar, muchos han tomado tan sólo una taza de aguapanela. No hay almuerzo en sus casas. Algunos padres afirman que la razón principal por la cual los han matriculado, es la de asegurarles, al menos, el refrigerio que les sirven diariamente.

Los profesores de la escuela pobre, testigos impotentes de esa pobreza que amarga diariamente su tarea escolar, organizan rifas y bazares y hasta hacen uno que otro chance con el fin de coleccionar fondos para algunas celebraciones especiales, como la fiesta del niño o el día de la madre. Pero el último bazar fue un fracaso. Ni los sencillos comestibles, ni la ropa de segunda a precios ínfimos, encontraron compradores. Un peluquero del barrio ofreció motilar gratis a los niños como anzuelo para atraer visitantes. Las madres, aprovechando la ocasión, hicieron motilar a sus hijos pero regresaron a sus casas sin hacer ninguna compra. Padres y madres están desempleados o desempeñan oficios ocasionales que sólo les permiten ingresos precarios. Como los niños de la escuela pobre no pueden comprar los li-

bros de estudio, los profesores forman al comienzo del año, con los padres de familia, un fondo modesto que les permite fotocopiarlos. Se privan pues, también, de esa sensación de dignidad e importancia que confiere el libro a quien lo posee. Pero las carencias llegan hasta muchos otros materiales indispensables: la escuela pobre tiene que conseguir escobas, papel higiénico, bombillos, tiza, y atender algunos daños menores de la planta física. Aunque posee computador, que constituye uno de los placeres de los niños, no hay sin embargo dinero para comprar programas.

En reportajes, crónicas, entrevistas, declaraciones, se habla de la importancia de la educación, de las delicias de la lectura, de la cobertura escolar, de los nuevos sistemas pedagógicos, de proyectos e informes voluminosos y sesudos. Y se ilustran esas crónicas con las fotografías de niños felices en felices escenarios escolares. Uno piensa, entonces, en la escuela pobre, que empaña y oscurece desde su cruda realidad el aprendido discurso tan lejano e irreal.

## **Alejandro, un niño insoportable**

Desde el segundo piso escucho el sonido de la dulzaina que toca, en el quinto, Alejandro, y en el silencio de la mañana las notas improvisadas cobran bellos matices que le comunican al ambiente del patio un aire encantador. El niño se ha quedado solo como todos los días y aquella música indica que ya se ha levantado, que sacará del termo el chocolate que ha dejado listo su mamá antes de salir para el trabajo, y que se servirá su desayuno mientras canta sol-solecito o imita los aullidos del lobo o el pito del tren o la sirena de la policía, aprendidos en las películas de la televisión.

Con frecuencia me trae su cuaderno de dibujo o las cartulinas donde ha pintado hermosos árboles, flores exóticas, tractomulas, monstruos marinos, aviones sofisticados (con rayos infrarrojos, me explica), volcanes y montañas, y toda una zoología fantástica de

extrañas figuras que bautiza con nombres singulares como Risonga, Barbarón, Priki, haciendo de estos bautizos un divertido juego de imaginación. Está acostumbrado a practicar otros juegos que ha ido adaptando no sólo a la estrechez del apartamento, sino a la ausencia de compañeros, de ahí que, por ejemplo, con una vieja pelota de tenis hace disparos rápidos contra la puerta, y vuela a atajar y me cuenta después, dichoso, que se hizo dos o tres tapadas excelentes; o juega partidas de billar con un contendor imaginario, utilizando bolas de cristal sobre una vieja caja. Con trozos de madera arma metralletas, cámaras de televisión o cohetes, cuyas características explica detalladamente, insistiendo en las increíbles propiedades de cada cosa.

De la televisión ha tomado la mayoría de los ingredientes que conforman su conversación y es allí donde Alejandro se entera de toda clase de acontecimientos: comenta el huracán Andrés, los asesinatos del día, la guerra del Golfo, y habla de los anillos de Saturno, del planeta Azul, de Don Quijote y Dulcinea, de las canciones de Xuxa o de las tortugas Ninja. Imita pasos de tango o de flamenco, saltos de karate y de gimnasia, y nos reímos cuando representa a un vaquero del Oeste que camina paso a paso y que saca de repente sus pistolas y dispara de primero, antes de que su enemi-



go pueda reaccionar. Cuando me visita por las noches leemos cuentos y si hay luna llena bajamos al patio a mirar el cielo; toca la dulzaina o me pide que le cuente cosas de mi infancia, de cómo era el pueblo donde nací y si tenía algún confidente a quien contarle aquellos secretos que las mamás no deben conocer. Se refiere a secretos amorosos y evoca a Lina, la niña del vecindario, con quien aprendió a bailar lambada. Alejandro se recrea en la conversación; sus palabras son fluidas, hermosas, justas, y frente a una respuesta que lo satisface o a algún pequeño descubrimiento como la forma de una nube, una palabra nueva en el diccionario, o una canción recién aprendida, se desborda en cálidos abrazos que son el trasunto de su ternura, de una alegría que no ha sido derrotada por la soledad, ni por la nostalgia de un salón de clase o de una maestra, y unos amigos con quienes jugaba fútbol y una amiga, Cristina, de quien nada sabe ahora.

Porque Alejandro no volvió a la escuela o, más bien, la escuela se declara incapaz de entablar con él una relación digna, ya que enredada en los funestos hilos de la norma, ha terminado por convertirse en una trampa mortal que se ahoga a sí misma y ahoga, de paso, la posibilidad de ser diferente, lo que en el lenguaje de la intransigencia equivale a ser anormal. Para encubrir su fracaso, la escuela acu-

de a un especialista y éste, en nombre de la ciencia, escribe en un papel la fórmula salvadora: pastillas que pondrán bajo control a los Alejandros que andan por ahí perturbando la cordura de los adultos con sus preguntas incesantes, sus historias fantásticas, sus imprudentes aullidos de lobo, sus saltos de a cuatro escalones, sus sueños de acróbatas o de choferes de tractomula o de tocadores de dulzaina; o su imperdonable capricho de sentarse en el suelo en lugar de hacerla correctamente en el taburete. Niños sospechosos que deben ser separados del grupo y que resultan señalados, estigmatizados. Expulsados. O puestos para escarmiento, como el Alejandro de esta historia, fuera del salón de clase, junto a la puerta, con todo y pupitre: en la escuela pero sin escuela; en la clase pero sin maestro ni compañeros. Solo, frente al árbol del patio que lo convida, que lo invita a trepar, para que complete así su culpa, su terrible culpa de niño insoportable.

Es cierto que la incomprensión no ha logrado empañar la limpia mirada de Alejandro, ni matar su curiosidad, ni opacar su alegría que persiste aún en su condición de niño solitario. Pero nada sabemos acerca de las profundas grietas, de las corrientes ocultas que la represión alimenta y mantiene. De repente, mensajes, señales: tal vez esta negativa ciega

a meterse en la cabeza que doce por cinco son sesenta, y esta pereza mortal de escribir en el cuaderno una palabra o una frase.

La norma, insensible, deja así en el alma del niño su impronta de temor y de rechazo.

¿Le permitirá sobrevivir con solo sus sueños?



## **El mundial en La Alfonso López**

El jueves, desde las ocho de la mañana, los niños y niñas de la escuela especial Alfonso López se movían, agitados y dichosos, preparando la ceremonia de inauguración de su campeonato mundial de fútbol. En cada uno de los salones se advertía el ir y venir de banderas, pancartas, uniformes, balones, una excitación que coronaba muchos días de entrenamiento, pero también de lecturas, de investigación, de escritura, de trabajos manuales. Todo comenzó cuando alguien llevó a la escuela el calendario oficial del Mundial de Francia, y las profesoras, testigos de la emoción colectiva que el evento despertaba entre los alumnos, idearon un proyecto pedagógico que, apoyado en la fascinación del fútbol, incitara a los estudiantes a abordar ciertos conocimientos de modo lúdico. Entre todos los equipos participantes se escogieron ocho países: Argentina, Brasil, Colombia, España, Francia, Italia y

México. No resulta difícil armar los equipos en una escuela en la cual patear el balón es un acto casi obsesivo. Pero no se trataba sólo de jugar fútbol, de ahí que cada salón se dedicó a estudiar el país escogido, dibujando su mapa, aprendiendo los nombres de sus ciudades, sus ríos, su moneda, sus productos. Niños y niñas fabricaron pequeñas banderas, y cuando todo estuvo sabido, estudiado, leído, conversado y dibujado, se fijó la fecha de un certamen que incluía campeonato relámpago, con partidos de veinte minutos y seis jugadores por equipo, cuyos integrantes llevaban en el pecho la bandera del país respectivo.

Entre vivas a los equipos, carreras y gritos, la escuela entera se reunió en el patio. Cada grupo llevaba adelante una cartelera con dibujos, fotos, mapas. El patio se llenó de banderitas, mientras, ya hecho el silencio, se escucharon los himnos de cada uno de los países escogidos, identificados por los niños en el mapa, y agregado, el descubrimiento de mares, costas, ríos, continentes, desconocidos hasta ahora.

Toda la escuela, 180 alumnos entre niños y niñas, el director, las profesoras y el jefe de deportes, encargado del arbitraje de los partidos, se trasladó a la cancha de microfútbol, en un pequeño parque contiguo, que jóvenes del barrio protegen. Comienza el campeonato y

se enfrentan Alemania y España. Las barras se instalan en el barranco que da a la cancha, y no dejan de gritar y de agitar las pequeñas banderas. Se escuchan las voces incansables: papitas-fritas-arroz-quemao-con-los-de-España-mucho-cuidao. Las gargantas se secan. La escena se repite en cada partido, durante toda la mañana. El sol reverbera y las barras no se rinden: queremos-goles-queremos-goles-queremos-goles. Pero Colombia sale eliminado, no hay nada qué hacer. España se corona campeón en el partido contra Brasil, que se define por penaltis. Las voces infantiles premian una jugada salvadora: ¡mu-chas-gracias-por-ese-gol...! y el estribillo se repite hasta el agotamiento. Las profesoras enronquecen al lado de los niños. Dos niñas, Catalina y Dora Alicia, infatigables en la cancha, y las únicas mujeres futbolistas de la escuela, corren, driblan, atacan como sus compañeros. Una tropa alegre y sudorosa, regresa a la escuela. Y alguien, en la tienda de la esquina, informa que se agotaron los bolis.

En aquel recinto de las aulas, el fútbol le ha dado la mano, jugando, a la historia, a la geografía, al dibujo, a las manualidades, al canto, en fin, al conocimiento por la alegría.





## **Los niños de “Vueltecitas”**

Las fotos tomadas por Miguel Ángel en el corredor de la casa de doña Inés y don Miguel, en Vueltecitas, son bellas y conmovedoras: sentados en el quicio o encaramados en el pequeño muro del corredor y rodeados de sanjuaquines y geranios, varios niños y niñas sonríen, felices. Son hijos de unas 25 familias de la vereda San Nicolás, en La Ceja, que se reúnen diariamente en esta casa convertida en verdadero jardín infantil con la colaboración de la comunidad y el cariño de un matrimonio que al perder a su hijo en un accidente, resolvió formar un grupo juvenil que más tarde propició el trabajo con los niños. Don Miguel, el padre de Mario de Jesús, que así se llamaba el muerto, regaló un pequeño lote contiguo a la casa, y que ha sido destinado a sitio de esparcimiento y de instrucción elemental para los niños de la vereda, con edades entre cuatro y seis años, que llegan todos los días y

cantan, juegan y dibujan y se relacionan alegremente unos con otros. La idea inicial fue tomando forma hasta interesar a los responsables en Medellín de la casa Pestalozzi, entidad que propició la capacitación de doña Inés y de otra madre de la vereda, doña Marleni, para que atendieran con más eficacia las necesidades de los niños. Para doña Inés no era cosa nueva relacionarse con ellos. Ya desde hacía tiempo acostumbraba invitar niños a su casa a enseñarles canciones y sencillos juegos, conversar con ellos, escucharlos.

Disfruta desgranando las mazorcas que luego se convierten en una deliciosa torta para todos, o exprime naranjas o improvisa un pequeño refrigerio repartiéndoles gaseosas que paga de su bolsillo. Don Miguel toca la guitarra y los domingos, en el corredor, canta viejas canciones con sus vecinos, que se han acostumbrado también a reunirse en esta casa, abierta para todos. Gracias a su entusiasmo, han logrado llevar la energía hasta la vereda y construir un tanque para el agua que beneficia a todas las familias. Y ahora, la casa convertida durante unas horas del día en jardín infantil, al cual le han puesto un nombre recordado: “Mario de Jesús”. Por la mañana, cogidos de la mano en pequeños grupos que vienen desde los diferentes puntos de la vereda, estos niños anuncian un poco de esa Pa-

tria nueva donde el amor y el esfuerzo común borrarán algún día las barreras del lucro personal y de la vanidad. Pero a doña Marleni le ha llegado un oficio firmado por el señor jefe de núcleo, recordándole solemnemente que “todo establecimiento donde se esté dando una educación formal y no formal, debe llenar los requisitos exigidos por el Ministerio de Educación Nacional y la Constitución Nacional”. Más adelante, entre artículos y citas se le recuerda la función del Estado de procurar la mejor formación intelectual, moral y física de los educandos y su obligación de velar por la calidad administrativa, académica y pedagógica de establecimientos y bla bla bla. Termina con una conminación: “hacer saber por escrito, a más tardar el 17 de julio, cuál es la situación legal de Centro Preescolar Mario de Jesús...”.

Los vecinos de Vueltecitas están aterrados. Los asusta el lenguaje de la comunicación oficial. Miran el corredor de la casa de doña Inés, los banquitos improvisados donde se sientan los niños, la manga donde juegan a la gallinaciega, los dibujos hechos por ellos y que adornan las paredes de la sala. No entienden. Saben, desde lo hondo de su temor, que llegó la Ley y que detrás de esos sellos ostentosos y esa firma ilegible, se cierne la amenaza de la desaparición. Las palabras Constitución Na-

cional les suenan a despojo, a peligro. No tienen ni idea de qué es eso de “situación legal”. Sólo saben que la casa de doña Inés es bella y acogedora, que sus niños son felices en aquel lugar que es como el centro alrededor del cual gira la vida comunitaria de la vereda. Podrían mostrarle a los señores de la ley los cuadernos de los niños, los números, las letras, invitarlos a presenciar una ronda, a compartir el algo en la manga mientras se cuentan historias, o se ríen de sus propias travesuras. Pero datos tan ricos para la vida resultan tan inútiles para la exigencia burocrática.

¡Ay! ¡Si uno pudiera meterse en la cabeza del jefe de núcleo! O más bien: si uno pudiera meterse en su corazón. Tal vez...

## **Escuela libre**

En la antigua sede del Museo de Antioquia, ahora adaptada para prolongar en sus espaciosas salas muchas de las actividades que cumple la institución, 245 niños y niñas disfrutaron de unas vacaciones planteadas a partir de la idea de diversión, entendida ante todo como una forma de libertad individual, tan clara y evidente, que el niño la perciba desde el momento mismo de su llegada. Tras pasado el umbral de la hermosa casa, los niños no encuentran gestos, ni palabras, ni actitudes que les representen la imagen autoritaria proveniente del hogar o de la escuela. A partir del saludo de bienvenida, sin órdenes, sin instrucciones, sin recomendaciones, se dio una coincidencia entre todos los grupos, en el sentido de resultar fascinados por el espacio físico y empezar a auscultarlo, a descubrirlo tramo por tramo, a apropiarse de él. Una vez reconocido, se produce un impulso general de correr

por el amplio corredor, subir y bajar las escaleras, asomarse al patio, ir y volver corriendo. Observándolos, uno piensa que correr constituye uno de los actos felices de la infancia, negado con frecuencia, no sólo por falta de espacio en muchos casos, sino porque forma parte de ese arbitrario catálogo de negaciones que los adultos fabrican como parte de aquello que consideran una tarea educativa. Nadie aquí les ha dicho que no corran, y ese sólo hecho les da a entender que el lugar les pertenece de algún modo, y entonces se entregan, dichosos, gozando de esa deliciosa infracción, ese desquite gozoso de ciertas prohibiciones molestas. Durante cada semana, la escena se repetirá y todos correrán a la hora de llegada, correrán hasta la sala de los talleres, hasta el salón del refrigerio, para ir al baño y a la hora de salida. Un niño, en mitad de su carrera, se detiene y dice: “qué bueno que esto fuera una escuela”.

Lo cierto es que durante los días transcurridos, el lugar ha sido, en gran medida, una escuela que se ajusta al sueño de ese niño, puesto que no aparece en ningún momento una figura magistral, sino personas que acompañan y guían, sin presiones, la realización de bellos trabajos manuales, ejercicios libres de pintura, práctica de música y danza; a todo esto se entregan, deslumbrados ante su pro-

pia experiencia de creación. Se da, de manera sencilla, un mínimo ensayo de pedagogía lúdica que pretende apagar al máximo la voz superior del adulto, para permitir que sea la voz del niño la que se escuche: concederle la palabra, liberada de inhibiciones y temores. Niños y niñas conversando alrededor de una mesa, en rueda de amigos, o dibujando acostados en el piso, descalzos o en medias, porque quitarse los zapatos parece ser otra deliciosa aventura; sumergidos en su figura de origami, o en su *collage* de materiales de desecho o en su cometa de colores, encuentran, desde la informalidad, un lugar cómodo en su espacio vital.

De modo espontáneo, inventan sus propios juegos: el patio de bifloras es una selva y debajo de las matas, acurrucados, están los enemigos que es necesario encontrar y capturar; los cojines del rincón de lectura vuelan de uno a otro bando, sin consideraciones; la sala oscura que está en restauración, es una gran cueva misteriosa a la cual penetran temerosos y fascinados y los ecos de sus gritos les producen un regocijo de terror. Buscan hojitas de trébol y se sientan a comerlas y dicen que les saben a limón. El mayor placer lo descubren en la fuente del patio, en el provocativo chorro de agua que brota hacia arriba y cae luego en maravillosa lluvia. Primero es el pelo, y hay un cierto temor, como si las prohibicio-

nes que implica el mojarse se atravesaran de golpe, pero, vencidas en un instante, la delicia del agua los entrapa de pies a cabeza. Hay en el grupo una dicha compartida, y la ropa mojada tiene algo de exorcismo. Mirándolos ejercitar su puro sentido de la recreación, se piensa cuán necesario es abrirse al niño, entender el lenguaje propio de su tránsito hacia etapas posteriores, y curarse, los adultos, de la idea obsesiva de una “formación” que en muchos casos es apenas un ejercicio de poder, un pavor ciego a que ese niño crezca y se les salga de las manos.



## El recreo

A la hora del recreo, Mariela mira desde el corredor los juegos de los alumnos en el patio. Entre gritos y exclamaciones, bañados en sudor, un grupo de niños patean el balón y anotan goles en una portería imaginaria; las niñas, en el otro extremo, se turnan para encostar en el tablero de básquet. Mezclados, niños y niñas se persiguen, infatigables, y cuando se alcanzan, se tiran al piso y se hacen los muertos, para resucitar de golpe y enfrentarse con rudeza, ingrediente propio de la emoción del juego. Recorre aquellos rostros que se sabe de memoria, con nombres y apellidos. No puede separarlos de cada historia personal, esas que no figuran en el p $\acute{e}$ nsum, ni en las notas, ni en los exámenes, pero que sacuden su corazón de maestra, dividido entre aquello que se llama “impartir conocimientos”, y esas realidades individuales frente a las cuales se siente impotente, llevándola incluso a considerar la

inutilidad de su oficio, la incapacidad de cambiar situaciones dolorosas y perturbadoras.

Mira a Ivonne, corriendo despeinada y decidida detrás del balón que alguien ha lanzado desde el fondo del patio. Cuántos sentimientos encontrados. Cómo olvidar aquel día, hace casi un año, cuando una de las niñas advirtió que Ivonne tenía un morado en la cara, y ella disimuló diciendo que se había dado un golpe. Y aquellos silencios repentinos, y aquel mutismo que Mariela no lograba descifrar. Y después, la cicatriz en el brazo, y aquel otro día cuando vencida por un llanto súbito, pronunció las palabras que llevaba guardadas desde quién sabe cuánto tiempo: “mi papá me pega y también le pega a mi mamá”. Ivonne ha recuperado otra vez el balón y lo lanza lejos, casi hasta el techo. Mariela recuerda la vez que la niña accedió a quitarse la blusa, y le encontró cicatrices en los hombros y en la espalda. Y recuerda también, mientras mira hacia el patio, su conversación con la madre y sus palabras desentendidas: “es que Ivonne es muy necia y al papá se le va la mano a veces”. Ivonne ha aprendido poco a poco a callar, pero Mariela sabe leer detrás de ese silencio. Hace pocos días, la niña la abrazó y le dijo en tono vehemente: “no quiero irme para la casa, profe, no quiero...”.

En el patio se escucha el grito de gol de Yónatan. Mariela lo mira correr y le sonríe. Es un niño tan inteligente, tan estudioso. Llegó con su mamá a principios del año, huyendo de la muerte. Es la primera vez que termina un año completo de escuela, porque su papá pasaba de un lugar a otro en busca de trabajo. En uno de esos lugares lo mataron, y madre e hijo se vinieron a casa de un pariente en Medellín, pero ahora les dice que no puede tenerlos más. Mariela piensa qué será de ellos, y le duele mirar la sudadera de Yónatan, desteñida y remendada. ¿Lo verá de nuevo el año entrante?

Y allí está Wilmar, a quien Mariela conoce desde preescolar. Lo ve reírse con otros compañeros, sentados en el quicio del patio. Recuerda que muchas veces no venía a la escuela, porque en la casa no había desayuno. Todavía es frecuente que la abuela llame a decir: “hoy no podemos mandarlo”. O también: “si conseguimos alguna libra de panela, Wilmar irá más tarde”. Tiene puesta la misma franela que ha usado todo el año. Y un dolor casi físico le oprime el pecho a Mariela, cuando recuerda el día en que la persona encargada de disciplina envió a la casa un informe desfavorable, por alguna falta cometida por Wilmar. Se supo que la abuela lo había castigado a patadas. Mariela quisiera correr y abrazarlo,

y pedirle perdón de rodillas, hoy, siempre.

Suena la campana y cada quien va a su lugar. Niños y niñas se dispersan y entran en grupo a los salones, agitados todavía por la intensidad del juego. Por estos días ya se habla de la inminencia de las vacaciones. Vacaciones para Ivonne, para Yónatan, para Wilmar. ¿Cuáles vacaciones?

## **Marianeli**

Posee el aire propio de algunas mujeres del campo, de cuyos rostros dimana una sensación de fortaleza y vivacidad, una alegría sosegada y fresca, sin excesos; al tratarla, comunica la seguridad de quien se ha instalado en el mundo a base de combates cotidianos, hombro a hombro, agotadores casi siempre, pero que en lugar de amilantarla, le han permitido ensayar maneras de sortear las dificultades. Tiene 45 años y 12 hijos, el menor de 6 años. Marianeli participa en actividades comunales, se expresa con soltura y propiedad, y en su rostro atractivo se dibuja una sonrisa franca y abierta.

En una reunión de padres y madres de alumnos de la escuela rural donde estudian tres de sus hijos, y charlando con otras mujeres asistentes, alguien comenta qué difícil ha de ser la tarea de levantar una familia tan numerosa; la conversación lleva al tema de los

anticonceptivos, lo que significa hablar de métodos que les permiten a las mujeres decidir por su propia voluntad el número de hijos que desean tener. De repente, las palabras de Marianeli destrozan aquel enunciado ideal que, para ella, no tuvo validez. Mientras habla, muestra sus brazos que todavía conservan las cicatrices de varias cortaduras, hechas por su marido con un machete, el día en que descubrió que ella estaba tomando píldoras anti-conceptivas; las palabras desdibujan un tanto la sonrisa de Marianeli y uno imagina a aquel hombre enfurecido, propietario del cuerpo de ella, que ve amenazada su condición de dueño, y que quizás intuya el significado trascendental de la decisión que la esposa ha tomado por su propia cuenta. Durante el relato, Marianeli recupera la plenitud de su sonrisa y no parece que haya rencor en su voz. Al final, con una gracia que a cualquiera podría parecer insólita en estas circunstancias, pero que en ella es parte de su personalidad, cuenta cómo, después del nacimiento de su niña menor, hace 6 años, se separó de su marido, optando así, dice riéndose a carcajadas, por la forma más segura de anticoncepción, acerca de la cual no necesita rendir cuentas.

Hay risas, comentarios, murmullos de aprobación, y Marianeli, como impulsada por su confesión, evoca su infancia y la figura le-

jana de otro hombre, decidiendo también por ella, por la niña que fue: “Yo no sé leer ni escribir. A los siete años mi mamá me llevó a la escuela, al escondido de mi papá, y cuando él se enteró la cogió a golpes y le dijo que a las mujeres no había que darles estudio porque o se casan o se van con un hombre, y que para tener hijos no se necesitaba ser profesora ni aprender nada. Me sacaron de la escuela a los dos meses”. Cuando Marianeli cumplió treinta años y necesitó cédula de ciudadanía para una gestión, una vecina le enseñó a dibujar su nombre y apellido letra por letra, y así firma desde entonces. “Uno de mis hijos que está en tercero, trae la libreta de la escuela y me dice, mamá, firme aquí, y yo le digo antes de firmar, qué dice aquí, entonces él me dice o yo le pregunto a algún vecino, para saber qué es lo que estoy firmando. A veces, la más pequeña, que apenas hace rayitas en el cuaderno, me dice que le lea y yo le digo, ay, hija, es que yo no sé leer. Y me da tristeza. Saber que yo quería estudiar para doctora, para enfermera, eso quería ser, enfermera”.

Dentro de pocos días, Marianeli empezará a asistir a un grupo de alfabetización de adultos; siente temor y le preocupa la idea de fracasar, sobre todo ante sus hijos menores, quienes, medio en broma, medio en serio, la ridiculizan: “Les he dicho que voy a estudiar

y se largan a reír, y cuando compré un cuaderno, el mayorcito no hizo sino burlarse y decía, miren cómo queda mi mamá, uno tan viejo y dizque de cuaderno”. Como siguiendo los pasos del padre y del abuelo, este niño pone también, en la vida de Marianeli, su cuota de discriminación. Sin embargo, hay algo cierto en esta mujer, en su rostro: Marianeli aprenderá a leer y a escribir.



## Los niños primero

Consuelo tiene doce años. Es morena, menuda, de ojos negros y vivaces y un aire de ingenua picardía que asoma en cada uno de sus gestos. Este año no asiste a la escuela. El año pasado lo perdió, junto con Marta, su hermana menor, entre otras cosas por asistencia irregular. La maestra le había aconsejado a su mamá abstenerse de enviarlas a la escuela cuando no tuvieran comida en la casa y le explicó el peligro que corrían al realizar, con hambre, el esfuerzo de estudiar. Alguna vez Consuelo llegó a desmayarse en el salón de clase, pero tanto ella como su mamá recuerdan el hecho sin dramatismos, sin alaridos, como parte natural de su vida diaria.

Con desparpajo me trae noticias de la vida familiar. Quien no la conozca bien, podría pensar que encuentra algún placer al contar los detalles de la última borrachera de su papá. Repite obsesivamente insultos y palabrotas y

hay en su gesto cierta ira sorda, cierta actitud de censura que le confiere un carácter de persona adulta, turbador. Cuando habla de Yolanda, su hermana mayor, que tiene 19 años, parece preocupada y su rostro infantil se nubla por un instante. Dice que sigue por ahí, “rebuscándose”, y me lanza una mirada cómplice. Yolanda permanece casi todo el tiempo en la calle y tiene una niña de ocho meses que trajo a la casa, recién nacida, para que se la cuiden. Consuelo se ha hecho cargo de ella y cuenta, sonriendo, que ya le dice “mamá”. Cuando le pregunto si el papá de la niña le da algo a Yolanda para mantenerla, me contesta con una obscenidad cuya crudeza cobra un extraño valor en medio de la sonrisa ingenua. Además de cuidar a la niña, Consuelo cocina, lava, plancha y hace la compra diaria con el escaso dinero que deja su mamá, quien, desde que se separó del marido, trabaja en una cafetería de seis de la mañana a diez de la noche, todos los días.

La casa de Consuelo es una pieza de inquilinato donde se acomodan siete personas. Allí mismo hacen la comida, y las ropas permanecen colgadas del techo o guardadas en cajas de cartón, debajo de las tres únicas camas. Lo que más le gusta a Consuelo de su “casa”, es que en la pieza contigua tienen televisor y la vecina les permite ver programas

hasta tarde. Y lo que más le disgusta es que hay un solo baño para todos los inquilinos, y los muchachos vecinos la atisban cuando sale medio tapada con la única toalla que tiene la familia.

Quizá porque podrían contarse en los dedos de las manos los vasos de leche que Consuelo se ha tomado en su vida, se extasía ante las cuñas de la televisión que muestran a una hermosa y joven señora sirviendo a los niños leche de una jarra. Con sus hermanas menores y con otros niños del vecindario, canta en coro las canciones de la chocavena, de la maizena, de los refrescos, de los champús, de los jabones. Todas sus referencias literarias parten de la televisión, y los sucesos de la telenovela la afectan de tal modo que resulta imposible explicarle que nada de eso es cierto y que esas personas reciben dinero por aparecer ahí. Más bien es ella la que trata de convencerme de lo contrario y se refiere a los personajes por sus nombres, los alaba o los ataca con pasión, y les tiene asignados su premio o su castigo.

Consuelo no sale nunca de paseo. Jamás ha ido a un cine, ni a un parque de diversiones ni ha montado en automóvil. Muy seria dice que no piensa casarse porque los hombres son malos y les pegan a las mujeres. Y con aire de reflexión agrega: “no quiero que me hagan lo que le hacen a mi mamá y a Yolanda”. Al

preguntarle qué quiere ser cuando esté grande me contesta con un mohín de vanidad: reina de belleza en Cartagena. Me habla de sus vecinos: de don José, que estuvo en la cárcel por robo; de doña Margarita, que le cortó la cara a una vecina porque la encontró con su marido; de doña Libia, que odia a Yolanda porque la ha visto en la calle con su hijo menor; de Benjamín, el atracador; de doña Rosa, la que se emborracha los sábados y no deja dormir; y de don Diego, el de la última pieza, que la ha invitado dos veces a que le haga la visita.

Claro que Consuelo no está sola. Es apenas un puntico, un número en medio de las estadísticas que nos dicen con alguna regularidad, cuántos cientos de miles de niños no terminan primaria; cuántos sufren de desnutrición por falta de una alimentación adecuada; cuántos viven en promiscuidad y hacinamiento. Y figurará, posiblemente, en las cifras que digan dentro de algún tiempo, cuántas adolescentes ingresaron ese año al ejercicio de la prostitución. Todo en la vida de Consuelo está diseñado para que forme parte de esa terrible estadística.

En la radio, con frecuencia, suena una de esas cuñas llamadas “institucionales”, que dice así con acento patriótico: “En Colombia lo primero es el niño”.

## **En la biblioteca**

En un rincón de la biblioteca el grupo de niñas se acomoda entre risas y juegos. Hay un revoloteo de delantales azules y un clima de alegría. La luz del verano atraviesa los vidrios de la ventana y deja, sobre los estantes, un resplandor que hace más vivos los colores de los libros.

Algunas de las niñas han preferido sentarse en el suelo, mientras otras aprueban gozosas la idea de acostarse, unas boca abajo, con los codos apoyados y la cara entre las manos, y otras boca arriba, con los brazos cruzados contra la nuca a manera de almohada para reclinar la cabeza. Todas estamos de acuerdo en que, como leer es un placer, resulta conveniente adoptar, para disfrutarlo, la posición que más nos agrade. Parece que al fondo alienta en el grupo otro placer inconfesado: contravenir de algún modo una de esas le-

yes dictadas desde la infancia y que figuran como inmutables en el catálogo de lo “correcto”: sentarse siempre sobre la silla o sobre el taburete, y con las piernas muy juntas si se es una niña.

Ya todas cómodas, empieza la lectura de un libro que ellas mismas han escogido, no sin antes discutir un poco porque algunas prefieren que se les lea otro que consideran mejor. Las diferencias se zanján por medio de aplausos y *Rosita se va de casa* es el ganador indiscutible. Pero tenemos tiempo para leer otros más, lo cual tranquiliza a todo el grupo. La voz se escucha en el silencio de la biblioteca y la historia se adueña del lugar, se la siente penetrar esos rostros ávidos, conmover las miradas, suscitar una entrega mutua que va de la voz a las oyentes y de ellas al libro. La lectura ha creado en aquel rincón una atmósfera indescifrable.

Cuando termina la historia de Rosita hay unos segundos de silencio, los necesarios para regresar de aquel mundo, de aquella ensoñación. Después de algunos suspiros, brotan las palabras atropelladas, mezcladas, elocuentes, una necesidad de hablar no sólo de Rosita, sino de otros libros cuyo recuerdo éste ha suscitado. Algunas cuentan historias parecidas, alguien confiesa que también escribe cuentos y poesías que promete mostrarnos.

Vuelve la lectura y desata de nuevo la magia que habrá de envolvernos durante un rato más. Las niñas escuchan por primera vez el nombre de Federico García Lorca y se enteran de que hace muchos años escribió para ellas estos poemas. El de “el lagarto y la lagarta con delantalitos blancos, que han perdido sin querer su anillo de desposados”, las conmueve. Una de ellas pregunta si podríamos cantar ese poema. Ha sido penetrada, al escucharlo, por la música de sus palabras. Sí. Sería maravilloso si alguna quisiera cantarlo. Todas señalan a la hermosa niña rubia y tímida. Ella se ruboriza mientras sus compañeras gritan que toca el piano, que canta muy bonito, que sí, que por favor. Toma el libro y la historia de los lagartos se convierte en canción, en maravillosa voz infantil.

Después de la lectura, todas quieren ver y tocar aquellos libros de cuyas páginas han brotado tan hermosas historias. Hay en ese gesto una fruición, una curiosidad que proviene de las letras, pero también, en gran medida, de la figura de Rosita, mirando, desde el puente diminuto, la casa que ha abandonado entre lágrimas; o la de aquel niño que descubre en el cielo, al ver una estrella fugaz, la presencia querida de su abuela muerta; o la de ese desdichado Rin-rín renacuajo, engullido dramáticamente por un pato tragón.

Al despedimos, una niña cuenta, casi en secreto, que en su casa hay un balcón y sobre el balcón las ramas de un árbol y entre las ramas del árbol los rayos del sol por la mañana, y que ella va a escribir una poesía sobre todo eso.

Un día sabrá que la poesía ya estaba allí, en esas palabras y en ese rincón de la biblioteca.



## **Álex**

Había llegado a la escuela con el diagnóstico de niño hiperactivo. Menudo, ágil, alegre, los ojos vivaces iluminándole la cara. La sonrisa abierta y hermosa, las negras cejas tupidas, su pelo que le caía en mechones desordenados sobre la frente. Amoroso y tierno, un abrazo suyo era como un baño refrescante que consolaba de las desesperanzas de todos los días. Dibujaba en el cuaderno flores, árboles, nubes, mares. Después de leer algún cuento, no era raro encontrar en el tablero dibujada con tizas de colores, una gran roca en medio del mar, y recostada, la sirenita de Andersen con una guirnalda de caracoles en la cabeza y su hermosa cola de pez recubierta de conchas marinas. O a Pinocho con su gran nariz y su sombrerito de mazapán, al lado del hada madrina. Siempre tenía historias para contar, casi todas trágicas, dichas en un cierto tono prepotente, como si el hecho de saberlas y de ser

escuchado, le confiriera una distinción personal: la historia del niño aplastado por el carro de la gaseosa; la de la señora que estaba en la plancha extendiendo una ropa, y la alcanzó un disparo que venía de la calle; la del señor que encontraron muerto, abajo de la casa, en la cañada; la del tío que vendía relojes y se lo llevó “la ley” porque pensaron que eran robados. Pero también contaba historias divertidas de su abuelita, que lo llevó por carretera hasta Tolú para conocer el mar y que se burló cuando él le dijo que se quería volver para la casa porque si esa agua se derramaba los ahogaría. También Álex se burlaba al contar, como disculpando a aquel niño torpe que en ese entonces no comprendía ciertas cosas.

Le encantaba bailar y disfrazarse en las fiestas de la escuela y mientras sus compañeros jugaban partidos de microfútbol en la cancha vecina, recogía del suelo piedritas, arena, flores y hojas secas, algún trozo de plástico o de madera, y fabricaba vistosas composiciones para desbaratarlas después. No era “aplicado” en el sentido que la norma escolar le da a esta palabra, y prefería la lectura o el dibujo en lugar de las materias formales, pero se las arreglaba para resolver sencillas operaciones aritméticas o tareas de escritura. Decía que cuando estuviera grande sería abogado para sacar a los presos de la cárcel. Con su

certificado de quinto de primaria y una ingenua sonrisa de orgullo infantil se despidió de la escuela el año pasado. Una escuela pobre, de alumnos tan pobres como Álex, a quienes resulta doloroso ver partir, deseando más bien que pudieran quedarse ahí, protegidos al menos en parte, de las inclemencias de afuera. El afuera de las negaciones, las privaciones, las incertidumbres.

Álex ha venido a la escuela a saludar a sus antiguas profesoras. Ha crecido, lleva el pelo corto y su rostro tiene un aire de prematura madurez. Habla pausadamente y algo opaco reemplaza el maravilloso brillo de sus ojos. Incapaz la madre de asumir el costo de su ingreso a un liceo, él con sus catorce años recién cumplidos, recoge chatarra y papel en una carreta. Trozos de tubo, tornillos, madera, plástico, periódicos, y aunque no es mucho lo que la gente pobre bota, ha ido convirtiéndose en un conocedor, olfateador de lo inútil. Mientras habla, mira de reojo hacia el corredor, avanza hacia los salones de clase. Luego se devuelve. Es fácil advertir que algo se apagó en el alma de Álex, algo de él perdido irremediablemente. Ya pasó la edad de los sueños de niño ingenuo, y ahora intuye que en el mundo no hay nada para él. Ahora ningún sicólogo lo declarará hiperactivo: la pobreza se ha encargado de adjudicarle esta dolorosa serenidad.



## **José Dolores**

Cuando tenía ocho años, José Dolores llegó a la escuela de La Chapa, donde sus padres, que no sabían leer ni escribir, esperaban que aprendiera por lo menos a firmar y a conocer las letras y los números. El caballo de la maestra estaba en la pequeña pesebrera, y desde que José Dolores se acercó a conocerlo, niño y caballo parecieron entenderse y gustarse, tanto, que cuando la maestra lo encontró picándole yerba en vez de estar como todos, en el salón de clase, no lo reprendió sino que lo encargó oficialmente del animal, le dio algunas instrucciones, y le dijo que de ahí en adelante podía montarlo para ir hasta el pueblo a hacerle los mandados. Mientras sus compañeros repetían en coro el alfabeto y juntaban, en un sonsonete monocorde, vocales y consonantes, José Dolores bañaba y cepillaba el caballo de la señorita Emilia, le cambiaba el agua y le traía la miel y la yerba, y lo montaba en pelo,

a dar vueltas por el camino o por la manga, o para ir hasta la plaza o hasta alguna casa de la vereda a cumplir los encargos de la maestra. Como premio a su eficacia, ella llenaba de cinco la modesta libreta de calificaciones del niño, quien al finalizar su único año de escuela, seguía tan ignorante de las letras como el primer día, algo fácil de ocultar en su casa ya que sus padres no sabían leer ni escribir.

A los catorce años se fue, como lo hacían entonces muchos de los muchachos de El Peñol, a buscar jornal en alguna parte una vez despachada la cosecha de maíz, única posibilidad que parecían brindar aquellas tierras difíciles. Vegas y laderas se llenaban de mazorcas y hacían falta brazos para recoger y cargar, mulas para transportar, y piezas y corredores para almacenar. Pero pasada la cosecha venían el desaliento y la inactividad, y el espectro del hambre rondaba por las familias de los jornaleros. Todo quedaba como detenido, suspendido en espera de la próxima cosecha.

Los hombres salían en grupos, ofreciéndose como peones en las fincas cafeteras de Antioquia y Caldas. Cuando a José Dolores lo engancharon en una hacienda de Venecia, era el más joven de los 200 peones, y al mes ya recogía más café que cualquiera de ellos. Ma drugaba a las cuatro de la mañana a ayudar en la cocina moliendo el maíz para las arepas,

o cargando agua y leña. Como premio, las sirvientas le daban comida de la “olla chiquita”, la de la familia del patrón, y les cantaba por la noche canciones que acompañaba con un viejo tiple comprado con su primer jornal, y les contaba historias medio ciertas, medio inventadas, que las divertían hasta tarde. A los pocos días se había convertido, además, en el peluquero de la hacienda, y motilaba por turno a los trabajadores en los ratos de descanso cobrando una tarifa módica que se sumaba a su jornal de recogedor de café.

Durante las andanzas que siguieron a su trabajo en fincas cafeteras, conoció a un peón que leía las cartas amorosas y familiares a aquellos que no sabían leer. Con él aprendió a juntar las letras con trazos firmes y claros, y descubrió deslumbrado, el milagro de la escritura. Trabajó en cultivos de tomate y cuando regresó a El Peñol traía como única fortuna, un pequeño paquete de semillas, obsesionado con la idea de ensayarlas como alternativa de cultivo. Los vecinos se rieron de él porque habían vivido, como sus antepasados, en la creencia de que esa tierra no sabía dar más que maíz. José Dolores hizo el primer semillero, enseñó las formas de cultivo que había aprendido, y vio, satisfecho, cómo empezaron a crecer y a multiplicarse las tomateras de cuyo producto depende hoy la economía del pueblo.

José Dolores construye ahora su nueva casa al lado de la antigua, donde ha vivido siempre. Tapiero como su padre, ya completó los altos muros de tierra rojiza, apisonada minuciosamente en jornadas en las cuales participa toda la familia; a pico y pala puede construir un acueducto o un camino, y cuando la electrificación rural llegó a El Peñol, aprendió a hacer instalaciones y conectó la energía de su casa y de las de muchos de sus vecinos. Fuerte, ágil, delgado, mantiene a los 55 años una intensa actividad física que comienza diariamente a las 6 de la mañana, hasta que lo “echa la noche”. Rompe, siembra, desyerba, riega, camina sin desmayo, al sol y al agua, y con la pasión que lo une a la tierra, transforma los rastrojos en sementeras y acepta con sabia filosofía los frecuentes desastres de un clima impredecible.

Líder natural en su comunidad, asiste a reuniones y juntas parroquiales y cívicas, habla con propiedad en programas que se transmiten por la emisora municipal. Conoce de primeros auxilios, compone huesos quebrados, pone inyecciones, sabe de zapatería, y cuando fue elegido concejal defendió los intereses del pueblo sin dejarse influir por su representación política.

Escuchar a José Dolores en el corredor de su casa de Horizontes, de espaldas al vie-



jo pueblo tapado por el río, y la mirada inteligente hacia el nuevo pueblo, símbolo de una lucha común, es acercarse a las fibras vitales de un país, sin las cuales no será posible la verdadera historia.



## **La escuela del barrio**

El barrio queda lejos, distante de lo que aquí, desde el otro lado, entendemos por “ciudad”. La calle larga, tan larga que uno no alcanza a adivinar su remate, va dejando al borde de su trazo horizontal otros barrios que más parecen pueblos, con su iglesia, su atrio, su plaza, y alguna cancha de fútbol o de basket.

El terreno padece más allá una ligera pendiente que conduce a un amplio balcón sin límites, desde donde se descuelgan calles curvas y breves que desembocan en otras más abiertas y despejadas. El barrio tiene la presencia de lo sencillo, de lo que ha sido hecho a mano, ladrillo por ladrillo, pedazo a pedazo. Aunque cada casa tiene un rostro diferente, se da, al mismo tiempo, una cierta unidad. Hay allí, en lo dispar de las fachadas o de la construcción, algo que se completa a sí mismo, que constituye una fisonomía que pare-

ce surgir de modo espontáneo, producto quizá de una idiosincrasia común, de una coincidencia de raíces.

Abajo, en un cruce de calles que tropiezan para no separarse, está el edificio de la escuela, de arquitectura deslucida, una fachada opaca que no invita, más bien unos muros tristes. Traspasados los muros, poco cambia el aspecto de la construcción, que tiene mucho de provisional, de inacabado, como hecho a pedazos. Pero algo, al entrar, ilumina aquel escenario. No es sólo la luz maravillosa del día que por allá cae sin estorbos, a plenitud. Ni es sólo ese aire limpio de las partes altas, librado de tantas de las impurezas de aquí abajo. Hay algo más, mucho más, algo que proviene de aquel bullicio alegre y reconfortante, de aquellas risas de niños y niñas, de aquel tropezarse, correr, encontrarse, gritar, llamar. Un rumor a cosa viva, un hermoso desorden. Niños y niñas se encargan del aseo de escalas y corredores. Llevan el agua en baldes y trapean con fuerza, con gusto, como jugando. Se han descalzado y chapucean y hay un goce cuando el chorro de la manguera se lleva la espuma sucia.

La escuela está hecha para alumnos pobres, lo cual implica, en esta sociedad, que no hay, en esas escuelas, zonas verdes, ni campo de deportes, ni laboratorio, en fin, nada de

aquello que uno sueña para todos. Pero hay aquí, en la escuela del barrio, una dignidad en la pobreza. Y una alegría que proviene de la frescura y la espontaneidad de estos niños, de su curiosidad, de su capacidad de emocionarse. Es la presencia transparente de ellos la que ilumina aquellos muros, la que hace amable y bello un recinto opaco. Reunidos alrededor de la lectura, se muestran divertidos o preocupados con las aventuras de Pinocho, conmovidos con la historia del príncipe feliz y su golondrina amiga, silenciosos y atentos con la historia del gigante egoísta. Les gusta recitar, decir adivinanzas, contar chistes, cantar. Alguien quiere conocer el mar, alguien quiere ser astronauta, o actriz. Les encanta ser abrazados y abrazar. Saben entregarse en un abrazo. Uno teme, sin embargo, que muchas de aquellas miradas se amarguen con el tiempo, se malogren en la injusticia y el olvido. Sospecha que todo aquello a lo que tienen derecho les será negado. Y entonces, la emoción del abrazo tiene algo de sombra, algo de angustia.



## **La escuela de medialuna**

Está situada al borde de la carretera, en un lugar desde donde se percibe la belleza cambiante de Santa Elena, escenario múltiple que pasa de los sietecueros a los yarumos, del aroma de los pinos en el bosque al del yaraguá contra los barrancos. Es una casa roja, de paredes blanqueadas y techo de tejas, enmarcada por curazaos y sanjuaquines, limpia y acogedora. Niños y niñas corretean por el patio o forman pequeños corrillos o saltan al lazo, afanados en un campeonato relámpago. Esta presencia tan animada le confiere al lugar un aspecto de enjambre, iluminado por el sol de la mañana que pega de frente sobre el blanco de los muros. Madres y padres de familia han sido invitados a una reunión en la cual quedará conformado un grupo de lectura para adultos, especie de club de lectores que ellos mismos han solicitado. También niños y niñas disfrutan de una lectura placentera, poseen su propia biblioteca escolar y llevan libros a la ca-

sa, que comparten con sus familias. La lectura sale así del esquema de un aprendizaje, de una técnica, y se prolonga como actividad lúdica en la escuela y en el hogar.

Mientras llegan los padres, salimos con varios niños y niñas por un camino que bordea la casa, empinándose un poco hacia la montaña. Alegres y hospitalarios, con ese algo cálido y fresco que poseen la mayoría de los campesinos, más que caminar, revolotean como mariposas de un borde al otro del camino, y cada uno quiere contar algo: que va a hacer la primera comunión; que éste no tiene papás y vive allá abajo, en una casa grande, con otros niños que tampoco tienen papás; que allí a la vuelta, queda la casa bonita, con corredor de baranda; que donde se ve ese pedazo pelado, se vino un derrumbe; que no hagamos bulla porque a la tierra no le gusta que la gente hable duro, pues se despierta y nos cae encima; que a aquel, como es tan desobediente, se le ha aparecido el diablo dos veces, en esa curva.

Regresamos a la escuela y ya están padres y madres acomodándose en el amplio salón. Después de los saludos, la conversación se hace animada, fácil, las palabras van surgiendo sin trabas y no falta el apunte ingenioso, la risa espontánea. Su deseo es hacer de la lectura una práctica habitual. Don Darío cuenta que un amigo retira libros en la Biblioteca Pi-



loto y los comparte con él. Explica así su experiencia de lector: “uno busca el libro o el libro lo busca a uno. Abro el libro, digo: está interesante. El libro me llama y yo lo llamo”. Le gustan los libros de historia, los cuentos, la poesía. Representa dentro del grupo un ejemplo a seguir en el empeño de leer. Norbey es un joven con cara de estudiante y una sonrisa fresca y elemental. Trabaja como peón en una finca. “Nunca me gustó estudiar. Vivíamos muy lejos, me echaban el almuerzo, yo hacía como que iba para la escuela, pero me quedaba por ahí, decía cualquier mentira, y me pegaban todos los días porque no estudiaba ni hacía tareas”. Los padres decidieron perdonarle la escuela y con ellos, en la casa, aprendió a leer y a escribir. “Ahora yo le muestro a mi niño las letras para que aprenda bien. Leí un librito muy bonito que le prestaron a él aquí en la escuela y me gustó mucho porque tiene palabras lindas”.

El tema del libro y la lectura ha desatado en el grupo voces que necesitan espacios a través de los cuales hacerse escuchar, historias que andaban perdidas por ahí, quién sabe dónde, deseos que no parecían encontrar cauce apropiado. Utilizando la idea de don Darío, digamos que estos hombres y estas mujeres están buscando el libro y el libro los busca a ellos. Y los encuentra.



## Oliva

Desde su escritorio en el salón de clase de la escuela que le fue asignada luego de varios años de enseñar allá arriba, en esa loma difícil y enfangada que permanece entrañable en la memoria del corazón, Oliva observa los rostros de sus alumnos de tercero. Aunque son necios y bulliciosos y arman ruidosos juegos, este salón de ahora le parece sin embargo un lugar apacible, como si aquel barullo fuese más bien música para sus oídos, Afuera la calle permanece en silencio y a la hora del almuerzo, cuando los niños salen en tropel formando corrillos alrededor de la carreta de mangos biches o del carrito de bolis, piensa en todo lo que quedó atrás y siente una dolorosa nostalgia que trata de espantar pero que está ahí, presente y viva.

Recuerda su anterior escuela estrecha e incómoda, construida caprichosamente en varios niveles desiguales, con un patio cubierto como único espacio recreativo, y que

alberga, hacinados, grupos de 50 y 54 alumnos. Al evocarla ensarta uno a uno sus recuerdos y su voz se quiebra marcada por un dejo de frustración y derrota: “Queríamos realizar programas sobre la no violencia en la vida cotidiana de la escuela, porque nos preocupaba la rudeza de ciertas conductas hostiles entre los mismos niños, que muchas veces nos hacían temer una tragedia. Era la violencia de las palabras y también de los gestos amenazantes, los golpes y las recriminaciones”. Hay un nudo en su garganta al evocar momentos de zozobra como aquel, cuando decorando con sus alumnos carteleras que convocaban a la alegría y a la amistad, el sonido de los disparos en la calle paralizó el momento, y los niños, acostados en el piso debajo de los pupitres, continuaron sus dibujos y sus frases alusivas. Las balas eran allí, dice Oliva, la negación de todo aquello que se pretendía inculcar mediante palabras que más que nunca resultaban vacías, sin sentido. A ese trabajo lo llamaban en la escuela taller de derechos humanos, y ella misma se pregunta: “¿Qué decirles a los niños cuando se levantaron del piso después de la balacera?”.

Al ver el rostro de Oliva hecho sombra, se advierte todo aquello que ella no puede olvidar pero tampoco nombrar, porque las palabras resultan escasas, esquivas, insuficientes.

Recuerda con tristeza a sus alumnos desarraigados, desplazados de tantos lugares disímiles, niños que ya no son de ninguna parte, a quienes nada les pertenece, ni la tierra que pisan, ni la escuela, ni la calle, ni el remedo de casa que habitan. Huérfanos de padres asesinados o ausentes, separados de parientes y vecinos, carecen de la noción de familia y han sido testigos de hechos escabrosos que los sumergen en silencios inescrutables, rotos de repente en medio de la clase o en el recreo, cuando dicen de una vez, como si tuvieran un afán apremiante de escupir la frase: “profe, mi papá se metió un revólver en la boca y se lo disparó”. “Eso no —contesta el compañero—, al mío le cortaron la cabeza”. Oliva escupe también las frases como para exorcizar los fantasmas que la atormentan, algunos de ellos convertidos en testimonios conmovedores que escribe en su libreta, amargo diario cuya lectura es todo dolor e impotencia:

“Estábamos en clase de sociales cuando sentimos los primeros disparos en la calle. Yo grité: todos al piso, y los niños se tendieron como otras veces, debajo de los pupitres, cuando alcanzo a ver a Cintia, indiferente, escribiendo en el tablero mientras afuera sonaban las balas. Casi ahogada le grité algo, le pregunté por qué seguía ahí. Me miró sin inmutarse y contestó: “Porque ya estoy can-

sada de correrle a las balas”. Sentí que la piel se me erizaba, algo como si me hubiera electrocutado. Cuando pasó el abaleo me fui para el baño a llorar.

“Me reuní en el recreo con los tres niños huérfanos, hijos de la señora que murió de un balazo. El menor se quedó un rato agarrado de mi delantal. En el restaurante les damos almuerzo completo pero es su única comida. No comen hasta el día siguiente. Me duelen mucho sus miradas de tristeza, de soledad. Siento un gran vacío existencial y no sé qué hacer.

“...Me exigen contenidos, me dicen que estoy atrasada respecto a otros grados. Les digo que me entiendan, que hay un abismo entre los contenidos y la realidad. Ahora sólo quiero aproximarme a mis alumnos por el afecto y la comprensión. Pienso en mis pregrados, posgrados, estudios, y no tengo herramientas para afrontar todo esto...”.

Oliva estuvo incapacitada un mes afectada de pulmonía. Lloraba todos los días y sufría de pesadillas. Por orden del médico la trasladaron a la escuela donde trabaja actualmente. Hace poco estuvo en su anterior escuela saludando a sus alumnos y a sus compañeros. Dice: “Me dolió tanto que sentí como que las entrañas se me desgarraban. Lloré mucho. Tanto trabajar y no poder hacer nada, nada”.

## **Estiven tiene miedo**

Luz Amelia llega a su lugar de trabajo con la boleta que le enviaron la víspera desde la escuela donde estudia Estiven, su hijo de 10 años. Debe presentarse con el niño para hablar acerca de “graves faltas de disciplina”. Nerviosa y preocupada, apura su tarea de aseo en las oficinas que le corresponden, y toma de la mano al niño que ha estado esperando en silencio, con el gesto del condenado que presiente una sentencia inapelable. Durante todo ese rato no ha pronunciado una sola palabra y su mirada ha permanecido quieta, perdida en algún sitio lejano. Madre e hijo se alejan, y se percibe en la despedida un aire de tribulación, de angustia. Ella sabe, por experiencia propia y de otras madres, que esos llamados de la escuela presagian situaciones graves que complican la vida familiar, ya de por sí penosa y difícil.

Tenía razón. Estiven ha sido condenado a la pena de expulsión, aunque en lugar de ese término, que es el que corresponde realmente, la escuela prefiere decirle a Luz Amelia que ha decidido entregarle a su hijo porque no tolera su comportamiento irregular. La lista de acusaciones es larga y preocupante: Estiven golpea e insulta a sus compañeros, no obedece las órdenes que se le imparten, contesta en forma grosera los reclamos de la profesora, no lleva las tareas que se le encargan, es desordenado e inestable y acude a silencios desesperantes cuando se le pregunta algo o cuando se le reclama por sus faltas. En una palabra, común en el diccionario escolar, Estiven es un niño *insoportable*.

Por eso, porque la escuela renuncia a “soportarlo”, como si esa de soportar alumnos fuese su tarea y no aquella de comprenderlos y ayudarlos, Estiven debe salir de ahí, lanzado hacia afuera, hacia no se sabe dónde, ni cómo, ni a enfrentar qué circunstancias y peligros.

La consecuencia inmediata es la desesperación de la madre, quien tiene que atender a su trabajo diario y sortear múltiples dificultades económicas y familiares. En la entrevista acepta todos los cargos que se le formulan a Estiven y agrega otros que surgen de su comportamiento en el hogar. El niño está ahí cul-



pado, cercado, sin posibilidad alguna de ensayar la más mínima defensa. Todo lo que le dicen es cierto, y madre y maestra coinciden en los duros calificativos que él escucha en silencio. La madre suplica, implora, pide un plazo de gracia, una segunda oportunidad, promete un castigo ejemplar para su hijo y acepta, compungida, el anuncio de que la próxima vez no habrá piedad para ella ni para Estiven.

En la casa, por la noche, junto con crudas recriminaciones y reclamos, Luz Amelia descarga sobre Estiven todo el peso de su desesperación, de su ira y de su angustia. Golpeado en cuerpo y alma el niño se refugia en un rincón y llora hasta que agotadas sus lágrimas, busca refugio en su cama y se convierte, envuelto en el cobertor, en un pequeño bulto adolorido. Volverá por el momento a la escuela bajo la promesa de callar y obedecer. Pero hay una pregunta dolorosa e inquietante: ¿Qué significa la escuela para Estiven?

Al día siguiente, acongojada y triste, Luz Amelia rememora aquellos meses de su embarazo de Estiven cuando vendía obleas en la calle, al sol y al agua, caminando bajo el peso de las cajas que contenían de a cincuenta paquetes y que ella ofrecía por Bello, Envigado, Sabaneta, El Poblado, buscando sitios alejados del centro donde no había mucha competencia. La víspera del alumbramiento llegó

a la casa incómoda, desasosegada, después de andar mucho. Ya con dolores, se fue al hospital. A las seis de la mañana nació Estiven. A los quince días lo dejó al cuidado de su mamá y volvió otra vez a su venta de obleas. Días más tarde consiguió un puesto fijo en la minorista y acomodaba al niño a su lado entre una caja de cartón. Después se dedicó a vender cepillos de dientes en una esquina de Pichincha mientras la dueña de un puesto de ropa ahí cerca, le tenía al niño porque había un poco más de espacio para la caja. A Luz Amelia le alcanza su fortaleza para burlarse un poco de sí misma al recordar que gritaba todo el día, sin parar, “tres en quinientos-tres en quinientos-tres en quinientos”. De ese grito dependía para sobrevivir con su hijo.

Paradójicamente, estas evocaciones parecen serenarla. Habla sin énfasis, sin ningún acento trágico, más bien como si al hablar recuperara la tranquilidad perdida: “Al año y medio Estiven se cayó de un tercer piso y se volvió hiperactivo. Eso fue lo que dijo el doctor. No tenía descanso y a medida que crecía, hablaba seguido, no se estaba quieto ni un minuto. Pero después se fue aplacando, nunca supe por qué. Pero ahora está tan necio y ya ve cómo la maestra lo devuelve por eso. Yo digo que todo sucedió después del incendio del barrio. El niño estaba en la escuela y soltaron a

todos los alumnos cuando los maestros vieron el humo de los ranchos. Cuando llegó, Estiven vio toda aquella candelada y yo le eché mano y me tiré con él al mangón. Del rancho no quedaron sino las cenizas. Después del incendio fue cuando empezó a volarse de la escuela, a pegarle a los compañeros. Se volvió muy callado y le empezó ese vicio de golpear las paredes cuando menos se piensa. Hace poco, en la esquina junto a la casa, prendieron una fogata y él gritaba que apagaran eso, que apagaran eso. Del incendio no ha dicho nunca una sola palabra. Yo estoy de acuerdo con la profesora en que Estiven es insoportable. No le gusta hacer tareas, sólo dibujar y pintar. El papá apareció cuando tenía cinco años. Me lo encontré un día y me dice: “¿qué tuvo?”, Y yo le digo: “un niño”. ¡A los cinco años, imagínese! Y sale con que dizque quería conocerlo. Yo no le acepté, pero más tarde se encontraron por casualidad, por una hermana de él que conocía al niño. Estiven lo abrazó sin saber que ese era su papá. Y al papá lo único que se le ocurrió decir fue que la sangre llama. Pero a él la sangre no lo llamó, ya ve cómo son las cosas.

Ahora en el barrio a donde nos pasamos los damnificados del incendio, lo asustan mucho las balaceras. Casi no hay días en que no haya disparos y muchas veces tiene que espe-

rar a que se calme algo la calle para poder salir para la escuela. Él se queda callado, pero yo sé que tiene mucho miedo”.

¿Qué hacer con el miedo, con los miedos, de Estiven?